

JULIA ORTEGA

Por un
puñado
de Sueños



Por un puñado de sueños

JULIA ORTEGA

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 Julia Ortega

Título: Por un puñado de sueños

Edición publicada en septiembre de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Alexia Jorques

www.alexiajorques.com

JULIA ORTEGA

Por un
puñado
de Sueños

A los fans de ABBA en el 50º aniversario

ÍNDICE



[ROCÍO 2008 MAMMA MIA](#)

[CAYETANA 2008 DANCING QUEEN](#)

[CAYETANA Primavera de 1974 WATERLOO](#)

[ROCÍO Primavera de 1974 VOULEZ VOUS](#)

[CAYETANA Verano de 1975 SUPER TROUPER](#)

[ROCÍO Verano de 1975 KNOWING ME, KNOWING YOU](#)

[CAYETANA Otoño de 1976 ONE OF US](#)

[ROCÍO Otoño de 1976 THE WINNER TAKES IT ALL](#)

[I HAVE A DREAM](#)

[THANK YOU FOR THE MUSIC](#)

ROCÍO
2008
MAMMA MIA



Son las dos de la tarde de otro insoportable domingo de calor en Sevilla. La luz del sol me abrasa las pupilas. Creo... No. Sé que bebí demasiado anoche. Nos pasamos de copas y de bailes; quisimos apurar la noche en un par de tragos para celebrar mi renovada soltería. ¿A quién se le ocurre celebrar un divorcio con más jarana de la que hubo en su boda hace ya demasiados años para contarlos?

—¡¡Mamááááááá!!

Lo que me faltaba antes del café y el obligado ibuprofeno: el grito de Triana recordándome que, divorciada o no, tengo una hija adolescente con tendencia a romperme los tímpanos cada vez que quiere algo. O sea, cada cinco minutos. Y eso si tengo suerte.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —Mi voz es quejosa y no lo disimulo—. No voy a darte más dinero, que te quede claro. Y a ver si este curso traes mejores notas, que te pasas la vida en Babia y así no hay manera de centrarse.

Triana me mira con mala cara; la peor, cabría decir. Lo paso por alto porque todavía no tengo el cuerpo ni la mente preparada para otra discusión.

—No iba a pedirte dinero —probablemente sea porque su padre ya se lo ha dado, tan generoso él.

—Pues ya es raro —no puedo evitar mostrarme sarcástica o irónica porque yo siempre he sido muy así.

—Estás muy pedo, mejor espero a que se te pase la resaca.

—Yo no estoy pedo. ¿Qué manera de hablarle a tu madre es esa?

—Venga, no disimules —me da un codazo que pretende ser cariñoso, como si fuéramos coleguitas—; has llegado de madrugada, dando tumbos y tirándolo todo al suelo. Tampoco estaba dormida, no te preocupes.

No puedo evitar sonrojarme. ¿De verdad armé tanto escándalo?

—No pasa nada, mamá. Es normal, era tu fiesta de divorcio.

—Lo dices como si fuera lo más normal del mundo. Si tu abuela te oyera.

—Pero no nos oye. Además, ella fue madre soltera; es una mujer moderna.

¡Lo que hay que oír! ¡Mi madre, moderna! ¡Vaya disparate!

O quizá no tanto. A su manera sí es moderna. Al menos, siempre ha sido avispada y no se le ha escapado una. Fue de las pocas personas que supo ver que me casaba con Fernando por despecho, por estar con alguien, por no quedarme más sola que la una, por la presión social, por el qué dirán o porque, sencillamente, Cayetana llevaba demasiado tiempo sin dar señales de vida.

Decido ahuyentar ese pensamiento. Llevo muchos años sin pensar en ella; al final, con mucho dolor, decidí arrinconarla en el cajón de las «cosas de adolescentes».

—Te has quedado muda.

—¿Qué?

—Que quien anda en Babia eres tú. Necesitas un café y yo necesito tu permiso para ir a ver la película.

—¿Qué película? ¿Y con quién vas a ir?

—¿Cómo que con quién voy a ir? Pues con la peña de siempre; la Cata y los demás, que no te enteras.

—Pues no, no me entero. No estoy al día de tu vida social. ¿Y qué vais a ver? Todavía no me lo has dicho.

—Pues *Mamma Mia*. ¡Joder, mamá! Llevo semanas hablándote de esa película. Si es que no me escuchas cuando hablo.

—Y menos voy a escucharte si sueltas tacos.

Claro que sé de qué película se trata. Me hago la tonta cada vez que lo comenta, como si no me importara, como si esa vieja canción no provocase un tsunami de recuerdos, como si no me trasladara de inmediato a mis quince años y todo lo que ocurrió aquella primavera.

Me he hecho la tonta delante de mi hija, pero no lo soy. Tampoco he perdido la memoria, aunque a veces, en determinados momentos y lugares, lo haya querido. Lo recuerdo todo como si hubiera pasado ayer.

—¿Y por qué no vamos a verla juntas? —le propongo.

—¿Qué? No hablas en serio.

La cara de indignación de Triana es todo un poema.

—¿Qué tiene de malo que vayas con tu madre a ver una película?

—¿Qué tiene de malo? Pues que no tengo ocho años, mamá; eso tiene de malo. No necesito que me acompañes.

—Bueno, a lo mejor yo sí necesito tu compañía. Y seguro que te viene de perlas que te invite porque siempre estás en las últimas.

Le sonrío. Mis sonrisas siempre han funcionado con Triana.

—Ummm... De acuerdo, pero esta noche quiero ir con mi gente.

—Muy bien —le concedo. De todos modos, si va con «su gente», mucha película no va a ver. Acabará en la última fila, con el guapete de turno, dándose piquitos y metiéndose mano—. Asegúrate de que lleva preservativos. No queremos sustos.

—¡¡Mamá!!

—No finjas escandalizarte, que yo todavía me acuerdo de mis dieciséis años y los bailes hormonales.

—No me des detalles, por favor. Llegaré tarde, no me esperes despierta.

—Te quiero de vuelta antes de la una. Y que sepas que ninguna madre se va a dormir hasta que el último de sus hijos llega a casa sano y salvo.

—Oh, no. Otra batallita no —me suplica con las manos juntas en una plegaria—. No tengo tiempo.

Sacude la melena negra y se lanza escaleras arriba, a su dormitorio. Cuando baja, la devuelvo de nuevo para que se cambie.

—Demasiado escote. Y esa falda no tapa nada. Te vas a morir de frío.

—No me des más la brasa, porfi. No querrás que vaya vestida como una monja o una fracasada.

Suspiro. No quiero que mi hija sea una fracasada, pero tampoco que vaya por ahí calentando braguetas o algo peor. No todos los hombres son como su padre. Porque su padre es un bendito. Eso hay que reconocérselo.

—Haz lo que quieras. Pero ten cuidado —la aviso—. A ver si vas a arruinar tu vida por una mala tarde.

—Mamá, voy al cine, no a una rave. Ni siquiera habrá escenas picantes. Es un musical que pueden ver los críos. No creo que nadie me viole, en serio; deja de preocuparte.

¿Está de broma?

Que deje de preocuparme, dice. Cómo se nota que aún no es madre. Yo a su edad era igual, quizá más revolucionaria incluso. Pero era culpa de Cayetana, por ser una pésima influencia para mí.

—Y no frunzas el ceño, que te salen arrugas. Prometo ir contigo la semana que viene si no vas alardeando con las vecinas. No quiero perder mi reputación de adolescente rebelde.

Mira a la niña, qué lista es. A su edad, yo era bastante más tonta.

—Prometo no echar a perder tu reputación, no me lo perdonaría nunca.

—Eres una buena madre, bastante más enrollada que la madre de Susana o incluso la de Cata. Estoy orgullosa de ti, aunque no te lo creas.

¡¡Vaya!! Todo un honor.

Me da un beso y se va corriendo, no vaya a ser que me arrepienta y la encierre bajo llave.

Sonrío sin poder evitarlo. A Triana la tuve con más de treinta; fue un bebé muy deseado en un momento en que mi relación con Fernando no era tan buena como cuando nos casamos, y eso que lo hicimos «de penalti», como se decía entonces.

Mi suegra me acusó de ser una cazafortunas, aunque mi suegra me acusara de todo lo malo que pasaba en el país y en el mundo entero. Ahora es mucho más feliz y duerme mucho más tranquila porque la malvada Rocío ha desaparecido de su vida.

Consuelo puso a prueba mi paciencia desde el primer día; fue un bebé inquieto y difícil para convertirse en una adolescente distante y fría y acabar siendo una mujer amargada y quejosa. Nada que ver con su hermana.

No la veo desde el 98 porque se fue a vivir a Vigo con su marido; un gallego maravilloso al que le cayó una cadena perpetua sin comerlo ni beberlo.

Vale, habla la Rocío que ya no cree en el amor, la divorciada, quien jura y perjura que nunca volverá a enamorarse, que ha cubierto el cupo de estupideces y quiere vivir. Quizá desmelenarse también, ¿por qué no? En cualquier caso, el pobre Iago se enamoró de mi hija mayor y ahí están, después de diez años y seis criaturas, intentando mantener la llama del amor encendida. Casi los envidia. Casi, porque yo estoy la mar de a gusto con mi recién recuperada soltería.

Nunca debí casarme, para empezar. Ya me lo dijo mi madre, que era mala idea; Fernando era un niño de mamá y mi suegra me odiaba. ¡Vaya novedad aquella! Pero yo necesitaba cerrar el capítulo Cayetana de mi vida y cualquier cosa, cualquier persona, me valía para el empeño.

Dos canciones lentas y dos bailes agarrados le bastaron al bueno de Nando para conquistarme, si es que soy una floja. Por eso le consiento todo a Triana, porque con Chelo fui bastante dura para que mi exsuegra no me acusara de más maldades. No me sirvió de nada, por supuesto, solo para que mi hija también me hiciera la cruz.

En fin, a lo hecho pecho.

Voy a por una copa de vino y a ver el programa de tertulianos donde todos gritan y fingen odiarse y la gente se lo cree. Yo ya no creo nada, pero el gallinero me divierte y evita que piense demasiado en las mil cosas malas que le pueden pasar a mi hija antes de que vuelva a casa.

Sé que sueno como mi madre, y eso que juré que nunca me parecería a ella.

Pero aquello fue con quince años y música de ABBA de fondo, medio borracha y abrazada a Cayetana en esos días que andábamos como la mierda al culo. Cuando pensábamos que nunca íbamos a separarnos y esas tonterías que una piensa y siente en la adolescencia.

¿De qué me puedo quejar yo cuando Triana pasa más tiempo con Catalina que conmigo?

Y Catalina es buena chica, se conocen desde la ESO y siempre ha habido buen rollo entre ellas. Y si no hubiera sido así, tampoco me hubiese enterado.

A su edad yo quería ser enfermera, no sé por qué, quizá por el halo romántico que envolvía la profesión, quizá porque había visto demasiadas películas donde se romantizaban los cuidados a enfermos y ancianos, quizá porque nuestra generación no sabía todavía nada de feminismo ni nos interesaba demasiado.

Mi madre me quitó la idea de la cabeza porque eso era muy sacrificado, había que tener vocación y no salía muy rentable. En los setenta eran los hijos los que cuidaban a los padres, ya fueran viejos o enfermos; nadie contrataba a enfermeras, en cada casa se apechugaba con lo que había y ya.

Al final opté por Derecho, aunque nunca haya llegado a ejercer porque en el último año de la carrera me quedé embarazada de Consuelo y mis planes de un futuro laboral se me escurrieron por el sumidero mientras mi madre a ratos se felicitaba porque su niña había «pescado a un pez gordo», y a ratos me decía que era tonta por haberme quedado preñada.

¡Cómo si hubiera podido evitarlo!

Yo, mientras tanto, echaba de menos a Cayetana. Ella sí hubiera sabido qué hacer para salir del marrón; ella siempre tenía soluciones para todo. Pero había desaparecido del mapa, y a mí me faltaba valor para ir a preguntarle a sus padres qué había sido de su vida. Me faltaba valor y me sobraba rencor porque se había largado a Londres sin despedirse apenas de mí.

Y, al parecer, me había olvidado nada más poner los pies en suelo inglés.

Así que me obligué a olvidarla y Fernando apareció en el mejor momento.

Siempre he sido deliciosamente anodina, maravillosamente mediocre; ni guapa ni fea, ni alta ni baja, ni lista ni tonta. Con todo en su sitio y una bonita sonrisa. A menudo no es necesario nada más. Un poco de buen talante, mejor disposición, saber decir «no» a tiempo y hacerse respetar. Todo viene rodado. Una mano aquí, unos labios allá, luces tenues, una balada a tiempo y ya. El corazón olvida cuando la mente le ha tomado la delantera. Para cuando nació Chelo, la Rocío quinceañera ya no existía; ni dentro del armario, ni debajo de la cama. Se había volatilizado, hecho humo.

Me había convertido en una señora.

Me había convertido en madre.

Y acabé dando la razón a todos los que decían que la maternidad te cambia la vida.

Porque me la cambió, claro. Me sentía espantosamente sola, con un bebé que no paraba de llorar, un marido cada vez más ausente y más distante, y una suegra que era una maldición, como las brujas de los cuentos de hadas. Y mi madre tampoco colaboraba porque nunca tenía tiempo para mí, siempre andaba cansada y estresada y dedicaba más horas a los Sampedro que a mí o a su nieta.

Yo nací en el cortijo El Arrebol. Vaya nombre, ¿no?

Se lo puso Cayetano Sampedro, el abuelo de Cayetana, cuando aquellas tierras aún eran vírgenes y no tenían dueño. Llegó un atardecer, bajo un cielo de nubes que el sol había teñido de rojo en su ocaso, y tuvo la revelación divina de que aquellas hectáreas al sur de Sevilla tenían que ser suyas y de nadie más.

Los Sampedro siempre han sido territoriales y posesivos.

Mi madre era su criada para todo, y aunque no fuese la única sirvienta, era lo más parecido a un ama de llaves que hubo por aquellas latitudes. Ellos decían que era de la familia, pero mi madre nunca se lo creyó del todo, ni permitió que yo me hiciera ilusiones. Que algunas me hice, claro, en la adolescencia, como todas las crías de mi edad. Porque Cayetana y yo estudiábamos juntas, comíamos juntas y dormíamos juntas la mayoría de las noches.

A la fuerza eso acabó por crear una complicidad entre nosotras.

Podríamos habernos odiado también, claro; Cayetana podría haberme tratado como a una paria o ser condescendiente conmigo o mirarme por encima del hombro o tratarme como a la «hija de la criada» que era.

Nadie se hubiera extrañado, nadie le habría afeado semejante conducta; nadie esperaba que la niña rica hiciera buenas migas con la niña pobre.

Los Sampedro eran clasistas, como todos los ricachones, pero lo llevaban con humildad para mayor pasmo de sus amistades. Por ejemplo, mi madre comía con ellos en el comedor, nada de hacerlo en la cocina. Éramos nosotras dos quienes comíamos en la cocina porque nos gustaba y teníamos más intimidad. Casi nunca nos quedábamos a solas y, sin embargo, nadie nos prestaba atención.

Éramos invisibles.

A los quince años estábamos en un limbo; habíamos dejado de ser niñas, pero aún no se nos consideraba adultas; nos pasábamos el día cotorreando de lo que ocurría dentro y fuera del instituto. Por supuesto, yo no iba al mismo instituto que Tana; no podíamos permitirnoslo, pero cuando llegaba al cortijo las diferencias de clase desaparecían, cualquier diferencia desaparecía si estábamos juntas. ¡Qué tiempos aquellos!

Los añoré mucho, casi tanto como renegué de ellos.

No volvería a vivirlos, pero su recuerdo es agridulce.

Formábamos una bonita pareja y supongo que, en otras circunstancias, habríamos triunfado a lo grande. Nunca lo sabré.

Mi madre no se cansaba de repetirme que tenía que buscar un trabajo serio y dejarme de fantasías, que los sueños, sueños son, y la realidad es otra. Y me recordaba que no éramos los Sampedro, estábamos muy por debajo de ellos, y aunque eran demasiado elegantes para decírnoslo a la cara, era un hecho que no podíamos pasar por alto.

Cayetana se reía de todo aquello, del dinero de sus padres, de sus apellidos, de su clase social, pero bien que se aprovechó cuando le llegó la oportunidad.

No tuvo muchas dudas, ni complejos, ni inseguridad alguna; tampoco le preocupó demasiado cómo quedaba yo, en qué lugar me dejaba su marcha, qué iba a ser de mí. Se suponía que éramos inseparables, que íbamos a llegar a lo más alto; lo íbamos a petar, en palabras de Triana.

Todo quedó en eso: un puñado de sueños que no iban a ninguna parte. Fantasías adolescentes que terminaron en el baúl de los recuerdos, anécdotas que contarles a mis hijas. Sin embargo, cuando se lo conté a Fernando así, como de pasada, me puso una cara muy rara, se quedó muy callado, luego se echó a reír como si hubiera escuchado lo más absurdo de su vida, y a mí me quedó claro que ni siquiera servía como cuento de hadas.

Tendría que haberme indignado un poco, o enfadarme al menos, sentir por un instante que me ninguneaba, pero en los ochenta ninguna mujer esperaba que su novio o su marido la tuviera en cuenta fuera de la cocina o de la cama.

Triste. Sí.

Lo último que quiero es que Triana repita mis errores. Chelo ya lo hizo y a mí me cuesta creer

que sea feliz, aunque también es verdad que mi yerno es un cielo y se desvive por su felicidad.

Nunca le hablé a Fernando de Cayetana ni de lo que tuvimos; no nos hemos divorciado porque yo haya salido del armario, con el consiguiente escándalo. Qué va. Más bien ha sido la suma de pequeñas cosas sin importancia que, juntas, han erigido un muro entre los dos, imposible de superar.

Y sé que él me quiere. Fui yo la que pidió el divorcio, quien incluso lo echó de casa, pero fue porque no tenía a donde ir. Fernando tiene una segunda residencia en Málaga a la que nunca hemos ido; pensaría en un picadero si no supiera de sobra que nunca me ha sido infiel. Y no por falta de oportunidades; sencillamente, la infidelidad no está en su código genético.

Quisiera poder volver a quererlo, echar marcha atrás al reloj y volver a sentir aquellas viejas mariposas en el estómago (a lo mejor solo eran gases), aquella inquietud, el anhelo que tanto echaba de menos desde que Tana y yo nos separamos.

La marcha de mi mejor amiga me dejó vacía, huérfana, desprotegida y vulnerable; en cualquier orden y a cualquier hora del día, cualquier día de la semana. Afortunadamente, ya había pasado el examen para ingresar en la universidad de Sevilla. Faltaban días para empezar mi primer curso de Derecho y aunque estaba entusiasmada, también andaba decaída y con la mente en otra parte. Muy, muy lejos.

No esperaba que Cayetana me escribiera. Odiaba escribir. De vez en cuando componía letras de canciones que nunca llegué a leer porque acababan todas en la papelera. Era muy exigente y nunca quedaba satisfecha con lo que hacía. Sus padres no ayudaban tampoco; tenían las expectativas muy altas, en las nubes y más allá.

A lo lejos oigo la vibración de mi móvil.

Un mensaje de texto de mi ex.

¿Cómo va la vida de recién divorciada?

Dime que estás mejor que yo.

¡Joder!

Ya me gustaría poder decirle eso, pero la triste verdad es que no estoy mejor ahora que cuando estábamos casados. Estoy igual de sola, me siento igual de abandonada y lo peor es la pereza que me da salir a buscar algo mejor. Porque me he divorciado para encontrar ahí afuera algo “mejor”.

Estoy sola.

Triana me ha abandonado.

No quiere ir al cine conmigo.

Le da vergüenza que la vean con su madre.

No sé por qué le he dicho eso. Es como si ya no me importara lo que mi ex piense de mí. Y a lo mejor es que *realmente* no me importa. También me he divorciado para eso: dejar de preocuparme por lo que Fernando piense de mí.

Vamos al cine, anda.

Y después te invito a una copa.

¿Perdona?

¿Esto parece una cita?

¿Me estás proponiendo un plan?

Te recuerdo que ya no estamos casados.

Contesta al instante, casi diría que se muere por hablar conmigo; tiene ahora más ganas que cuando éramos marido y mujer. ¡Lo que hay que ver!

Pero dijimos que íbamos a llevarnos bien.

Por Triana.

Bufo. Ahora va a poner a la niña como excusa. ¡Qué patético!

¿En serio vas a utilizar a Triana para ligar?

No sé qué es más absurdo.

Breves segundos de un silencio ensordecedor.

El divorcio lo pediste tú, Ro.

Yo nunca he querido separarme de ti.

Pues es verdad, tengo que recordarme a mí misma.

¿Qué me dices?

Han estrenado Mamma Mia.

No me digas que no quieres ir a verla porque no te creo.

Claro que quiero ir a verla. Le he dicho a Triana que iríamos juntas a verla. Si le digo que he ido con su padre lo mismo se hace ilusiones. Y con esto no quiero decir que vaya a ir con mi ex al cine.

Solo... Solo me lo estoy planteando. Un planteamiento. Nada más.

Voy. Pero no le digas nada a Triana.

No quiero que piense lo que no es.

Otro silencio, mucho más cómodo. El de dos viejos amigos.

¿Y qué no es?

Cierro los ojos. ¡Qué simples son los hombres!

No es una cita.

No es una reconciliación.

No me lo he pensado mejor.

No vamos a volver a ser pareja.

Quizá me haya pasado de sincera, pero no quiero más confusiones ni mal entendidos.

Quiero que entienda que esta salida es... ¡Qué sé yo lo que es!

Me ha quedado muy claro, Ro.

Solo quiero que nos llevemos bien, ya te lo he dicho.

Sí, sí. Por Triana.

Si lo oye su madre, le da una zurra.

Me echo a reír, sabiendo que no puede verme.

¿Y tiene que ser esta noche?

Que estoy en bata y camisón, que no me apetece salir. Y odio los planes improvisados.

Sí, es una contradicción. Muy yo, en realidad.

No me digas que te has divorciado para pasarte el día en el sofá, viendo la tele y escuchando canciones antiguas.

¡Cómo me conoce!

¿Y qué si es así?

Estoy sola y hago lo que me da la gana.

Libertad.

Autonomía.

Independencia.

¡Qué bien suenan esas palabras cuando las incorporo a mi vocabulario!

¿Qué tienen de malo el sofá y las canciones antiguas?

Espero su respuesta.

No has mencionado la tele. Y lo entiendo, porque la televisión es El Mal.

Me rindo. En serio. No puedo con él. Ni con él ni con sus ganas de que tengamos una relación cordial. No me he divorciado para tener una relación «cordial» con mi ex.

Se supone que tengo que odiarlo.

Quizás odiar sea un verbo muy grueso. Tampoco me ha dado motivos. Pero su madre sí, recuerdo. Mi suegra me dio motivos sobrados para aborrecerla. Y no la echo de menos ni un poquito. Y desde luego, jamás iría con ella al cine; mucho menos a ver mi película favorita.

Dame media hora, anda. Y no te acostumbres. Esto no es una cita.

Lo mismo soy yo la que no está del todo convencida, la que se ilusiona mientras sube a cambiarse y a ponerse las pinturas de guerra como cuando tenía dieciocho años y unas ganas locas de pasar página.

No es una cita, Ro. Ya superamos ese nivel.

Es como ir con un hermano, ese que jamás tuve.

Es casi como ir con mi hija. Con *nuestra* hija.

No puede ser más inocente.

No puede pasar nada.

No va a pasar nada.

Solo es una película.

CAYETANA
2008
DANCING QUEEN



Seis horas de reunión. ¡¡Seis horas!!

¿Y para qué? Para nada.

Podría haberme echado una siestecita la mar de rica mientras los neandertales decidían entre cuchicheos el futuro de Sara Morales, la nueva promesa de la discográfica que canta las coplas mejor que la Piquer. No me gustan las coplas, así que poco puedo opinar del tema, pero tampoco me gusta que me ninguneen, ni ser un cero a la izquierda. Llevo muy mal lo de ser invisible.

Yo jamás he sido invisible. Hasta hoy, al parecer.

En los ochenta fui la líder indiscutible de *Hungry Dogs*, llenamos los pubs, las plazas y luego los estadios de fútbol; pudimos habernos largado a Nueva York, hacer historia, ser leyenda... Yo quería, pero debía de ser la única aquel verano del 85; los demás no quisieron ni oír hablar del tema, les venía muy grande y ya iban muy colgados desde enero.

Ya sabes: drogas, sexo y rock n' roll.

Y el éxtasis de la fama.

Y la gente coreando nuestros nombres a voz en grito.

El frenesí del éxito.

Era lo que soñaba desde los dieciséis; no tenía derecho a quejarme, ni tampoco lo hacía.

Podría haberme descolgado de la peña y hacer mi carrera en solitario, pero en los ochenta apareció Madonna en la escena mundial y me entró el miedo. Porque no había sitio para dos divas veinteañeras. Sí, yo era del 58 también, pero el acento andaluz no me había abandonado del todo, y mi inglés era muy académico y demasiado británico. Ya sabes: Londres y gente muy pija hablando como la realeza.

Esos fueron mis años estudiando en Inglaterra; cuando acabé la carrera ya no volví a Sevilla. Había estado las Navidades anteriores solo para oír que Rocío se había casado y había sido madre.

Después de la impresión y el disgusto, llegó el inevitable cabreo. Sí, me enfadé mucho, como cualquier niñata a la que le han quitado su muñeca favorita. Mis padres pagaron mi mal humor durante los quince días que estuve con ellos. Y en enero volví con los ingleses; como ya todo me importaba una mierda, el anuncio «Se busca cantante para grupo de rock» llegó como caído del cielo.

Yo siempre había pensado en formar un dueto con Rocío, pero estaba claro que sus prioridades se habían transformado con el paso de los años y el peso de la ausencia. La mía, por supuesto.

Que sí, que me doy mucha importancia. Siempre ha sido así; no se lidera un grupo de rock si no tienes madera de diva, si no te crees lo puto mejor. Y yo, con veinticinco años, me sentía una

diosa.

El clamor del público me ponía a mil.

Me hacía volar. Eso y el LSD, claro, a qué engañarnos.

No iba en serio con nadie, pero jugaba con todos. Me divertía, sí, pero algún que otro día me sentía espantosamente sola; echaba de menos a Ro, nuestras payasadas adolescentes, las meriendas en el porche, las viejas canciones de ABBA y unos cuantos sueños que queríamos hacer realidad cuando fuéramos mayores de edad.

Qué tontas fuimos.

Qué tonta fui yo cuando creí que los sueños eran nuestros y solo eran ilusiones mías.

Isabel me lo dejó muy claro mientras me miraba con algo muy parecido a la lástima.

—Cariño, Rocío ha hecho lo que debía. No podía hipotecar su vida por un puñado de sueños adolescentes.

Odié mucho a mi antigua asistente. Y durante mucho tiempo.

Ahora ya no siento rencor ni rabia. Y me pregunto si esto es aún peor. Cuando el rencor y la rabia dominaban mi vida había un motor, un propósito, un plan y una meta que alcanzar. Aunque cuando empezamos a triunfar como grupo, ya me había olvidado de Isabel Vargas y de su hija.

Vale, vale, de su hija no me había olvidado en absoluto.

¡Qué más quisiera!

Cuando paso por delante de los cines Callao, el cartel de *Mamma Mia* me grita que, por muchos años que pasen, nunca podré olvidarme de Rocío.

Y de repente lo veo claro.

Me acerco a la taquilla y compro una entrada para la próxima sesión.

No necesito la compañía de nadie. No quiero necesitarla porque tampoco la tengo, porque volver a Sevilla no es una opción, porque no quiero avivar los recuerdos ni el dolor que llevan aparejados. Solo quiero desconectar, cantar y volver a sentirme la reina del baile.

La diosa de la pista, con las luces de neón danzando sobre mi cabeza y una docena de moscones pululando a mi alrededor como polillas. Ilusos.

Esos fueron los setenta. Y también los ochenta.

Cayetana Sampedro en su máximo esplendor.

No hay mucha gente en el cine; es la sesión de la tarde y es miércoles.

De repente me veo rodeada de adolescentes. Ah, claro, que hoy la entrada sale más barata. Si es que no sé ni en qué día vivo.

Es lo malo de tomar alcohol en ayunas.

Sí, soy una alcohólica. En rehabilitación, eh. Era eso o despedirme de mi carrera como productora musical. La misma que me ha conducido al abismo.

Es jodido cumplir cincuenta años. Nadie te lo dice, pero te vuelves invisible. No cuentas, tu opinión no importa. Ya nos lo decía Andy, el bajista de *Hungry Dogs*: «Muere joven y deja un bonito cadáver». El muy bruto se lo tomó al pie de la letra: encontraron su cuerpo sin vida una mañana de invierno, cuando aún no había llegado a los treinta.

Me enteré por la prensa porque, para entonces, yo ya había dejado el grupo, cansada de tanto cuelgue y pasotismo.

Vale que yo era ambiciosa y sí creía en mí, a diferencia de ellos.

La sala está llenándose y busco hueco donde nadie pueda reconocerme. Sí, de vez en cuando salgo en la televisión, todavía tengo tirón y mucho que decir. En los nuevos tiempos de Google, alguien ha descubierto que lideré una banda de rock ochentera en Londres. Que grabamos tres discos, hicimos bolos y tres conciertos con las entradas agotadas en su segundo día de venta. Y

eso que no había internet y las cosas buenas llevaban su tiempo.

Una vez retrepada en mi asiento me maldigo por no haberme fumado un cigarrillo antes de entrar.

Sí, también soy fumadora empedernida.

Al parecer, tengo todos los vicios de una vieja amargada.

No me he casado, no he tenido hijos y no lo he echado de menos. No me señalan por la calle, pero tampoco me felicitan por mi cumpleaños ni ponen una tarta debajo de mis narices.

Tengo fama de inaccesible, de intratable, incluso de histérica.

Soy mujer, y por tanto emocionalmente inestable.

Hay quien asegura también que soy propensa al melodrama.

Si Ro los oyera se echaría a reír.

Ella jamás me hubiera tachado de melodramática porque ese papel se lo atribuía ella encantada de la vida. Yo, en cambio, viví mi adolescencia como si nada me importara.

Se apagan las luces, empiezan los anuncios. Estoy nerviosa y me siento sola.

Me obligo a dejar la mente en blanco y centrar mi atención solo en la película.

Va de una chica que, en vísperas de su boda, descubre que hay tres candidatos al papel de padre. Digamos que su madre era una chica liberal, un poco yo, y por eso el personaje de Donna Sheridan, magistralmente interpretado por Meryl Streep, me cae de puta madre.

Es el primer musical que veo en mi vida, también hay que decirlo.

Es la memoria jugándome malas pasadas.

Recordándome todo lo que perdí, lo que hubiera podido ser si no me hubiesen facturado a Inglaterra a los dieciocho para que hiciera algo con mi vida. Yo quería venirme a Madrid con Ro, empezar a tocar en bares y en clubs, meternos de lleno en lo que luego sería la movida, alternar con la marginalidad, con la rebeldía y con todos aquellos que iban contra las normas; lo que ahora llaman «el sistema».

Y de ahí a la fama.

Suspiro.

Oigo la película, pero en realidad no me meto en ella; no la vivo ni la siento. Es como una música de fondo que me acompaña.

Cuando salgo a la calle el frío cala en mis huesos.

Estoy rodeada por una multitud, pero jamás me he sentido tan sola, tan vulnerable. Y lo peor de todo: vieja.

—¿Tienes fuego?

Vuelvo la cabeza para encontrarme con una mujer de pelo oscuro y labios rojos. Saco el mechero del bolsillo de la chaqueta y se lo doy. No me preocupa que no me lo devuelva; a los cincuenta, muchas cosas dejan de preocuparte.

Pero me lo devuelve en cuanto se ha encendido el cigarrillo. Da una calada, expulsa el humo lentamente y se presenta.

—Soy Beatriz. ¿Te apetece una copa?

Desde mis tiempos con *Hungry Dogs* nadie me había entrado de ese modo. Su franqueza es tal que podría resultar grosera; desde luego, en los ambientes donde se movían mis padres nadie hablaba así.

¡Y qué puñetas! Claro que me apetece una copa. Sin embargo, contesto:

—No puedo beber alcohol. Estoy en terapia.

—Quien dice una copa, dice un café. Tampoco hay que tomárselo todo al pie de la letra.

Me echo a reír.

Lo último que esperaba hoy era un ligue de última hora.

Pero va fenomenal para la autoestima, de modo que acepto y dejo que me lleve a un local pequeño y coqueto en una de las callejuelas que desembocan en la Plaza de España.

Apenas hay gente y nos acomodamos en un reservado junto a los ventanales.

Afuera ha empezado a llover y la temperatura ha disminuido unos cuantos grados.

Pedimos dos cafés solos.

—¿Tú también has salido de ver la película? —no puedo evitar preguntarle.

—Por supuesto. Soy fan total de ABBA —proclama con orgullo.

Y al escucharla siento un pellizco en el corazón; no debería doler después de tanto tiempo... Pero sigue doliendo. Si cierro los ojos aún puedo rememorar nuestras tardes en mi habitación con la música a toda hostia, o en el porche comiendo pipas, o haciendo carreras de patines por el parque de María Luisa.

—Imagino que tú también.

Interrumpe mi regresión sin borrar ni por un momento la sonrisa. Muy bonita, por cierto.

—Mucho. Cantaba todas las canciones, me las sabía todas de memoria.

No debería hablar en singular, como si estuviera negando a Ro. Está feo.

—Queríamos hacer un dúo, grabar discos, saltar a la fama —ahora sí la incluyo sin saber muy bien por qué.

—¿Queríamos?

—Rocío y yo —declaro—. Éramos amigas, quizás algo más. Nunca me paré a pensarlo en serio. En cualquier caso, la ilusa fui yo.

—Tal vez no tanto. ¿Qué fue de *Hungry Dogs*?

No me lo puedo creer. ¿En serio sabe quiénes fuimos, qué hicimos, y hasta dónde llegamos?

—No me digas que eras fan; no sabía que habíamos llegado hasta aquí.

—Para nada. Quiero decir, sí era fan vuestro, pero de los tiempos en que hice de *au pair* en Londres.

—¡Joder! Qué pequeño es el mundo.

—¿Te molesta?

—Me puto flipa, como dicen ahora.

En mi adolescencia no decíamos palabras así, como mucho se nos escapaba un «recórcholis» o un «jolín», y aun así nos daban jarabe de palo.

—Somos de otra generación. ¿No te has sentido senil rodeada de tanta quinceañera?

—Pues no. Es que tengo el ego muy subido, ya desde bien pequeña.

Ella se ríe. Una risa juvenil: franca y sin complejos.

Joder, la miro y tengo ganas de follármela. Unas ganas locas y repentinas.

Llevo en el dique seco demasiados meses; apenas practico el sexo y cuando lo hago es con desconocidas. Mujeres a las que no volveré a ver, lo sé. Y no me importa. Casi lo prefiero. He hecho de la soltería una religión a la que profeso una fe absoluta. No quiero relaciones, ni compromisos, ni que me vuelvan a romper el corazón.

Porque Rocío me rompió el corazón y ya es hora de reconocerlo.

—Quiero follarte.

No he podido ser más directa, más genuina, más yo.

Me sonrío como si mi propuesta le apeteciera.

No te hagas ilusiones, Cayetana, que luego es peor.

—¿Por qué no?

—¿No tienes un marido ni unos niños esperándote en casa?

—Pues va a ser que no. ¿Tengo pinta de ser esa clase de mujer?

Claro que no, pero tenía que preguntar, asegurarme de que «no es esa clase de mujer» porque no quiero disgustos, ni broncas, ni malos rollos.

—Desde luego, no lo pareces, pero yo ya no me fío de las apariencias... Si alguna vez lo he hecho, que tampoco lo recuerdo.

—Virgen no soy, desde luego. Tuve un novio o algo parecido a eso hace eones. Ni me acuerdo de su nombre. Luego he flirteado con hombres y mujeres. Sin complejos ni pamplinas.

Me lo dice sonriendo, como si fuera algo trivial en plan «me gusta más el flan que el arroz con leche». Bueno, estamos en el siglo XXI; ya no hay por qué esconderse. Mi yo adolescente se hubiera sonrojado al escucharla. Y eso que mi yo adolescente apenas sí se sonrojaba. La de los sonrojos y los «ay» y «uy» era Rocío.

—Yo tampoco soy virgen, claro. No me preguntes cuándo dejé de serlo. Iba muy colgada; creo que me follé a todos los miembros del grupo. Había que encajar en el molde.

—Te entiendo —apura su café y pide otro—. Malos tiempos aquellos. Yo me acosté con un primo mío un verano. Fue divertido, pero me dejó claro que no quería una polla entre las piernas. No como plan de vida.

Me la miro. Miro el café. Decido pedir otro yo también.

El camarero nos mira, curioso.

Seguro que quiere cotillear, pero se contiene.

—Sí, somos dos lesbianas tomando café. Y sí, probablemente acabemos en la cama. Pero no aceptamos hombres en la ecuación.

Se aleja rápido, sonrojado hasta la raíz del cabello. Le he avergonzado. Y no me arrepiento.

Beatriz se echa a reír.

—Si ya sabía yo que la tarde prometía.

Se está viniendo arriba y dando mucho por sentado, pero no me importa. Me gusta demasiado. Quizá porque no me recuerda a Ro, y eso aleja de mi conciencia el fantasma de la traición.

Nos trae los cafés otro camarero.

—¿Qué ha sido de tu compañero, le ha dado un parraque, una crisis anafiláctica o un ataque de homofobia?

Beatriz no pierde la sonrisa y va ganando puntos por momentos.

El buen hombre, que debe de rondar los cincuenta si no los ha cumplido ya, se encoge de hombros como si no supiera nada.

Ella le agradece los cafés y le hace un gesto para que vuelva a la barra y nos deje tranquilas.

—Qué puto mundo.

No puedo dejar de exclamar, y es que por más años que pasen nunca voy a acostumbrarme a según qué miradas.

—Lo de antes era mucho peor —me recuerda ella sin abandonar la sonrisa—. «Ven aquí, chata, que te voy a enseñar lo que es un hombre de verdad». Y se la meneaba mientras me lo decía, tenía las pupilas dilatadas y andaba salivando.

—¡Qué asco!

—Por eso me largué a Londres en cuanto cumplí los veinte. Que los ingleses son rancios, pues sí, también. Pero de otra manera. Y más educados. Sabes que lo piensan, pero tienen filtro. Y eso se agradece.

—No sé qué decirte. A mí me gusta que me digan las verdades a la cara; nunca he llevado muy bien lo de la hipocresía. Y eso que la he mamado desde la cuna. Cosas de ricos, ya sabes.

—Pues no, no sé. Yo me crie en Carabanchel y allí todo era blanco o negro. O sí o no. No

había grises ni medias tintas. Todo era muy primario. A veces funcionaba y otras no. Ya sabes lo que dicen: «Cuando alguien quiera ser sincero contigo, huye». A veces echabas de menos las mentiras piadosas. Otras, echabas de menos las mentiras, sin más.

Me gusta cada vez más; quizá porque se parece muy poco a mí, y aún menos a Rocío.

Quizás esto último sea demasiado suponer, porque yo me quedé con el recuerdo de la Rocío adolescente; no sé nada de la mujer que debe de ser hoy. Ni siquiera me ha dado por montarme películas con la vida que debió de llevar desde que dejamos de vernos. Nunca he gastado mucha imaginación.

—Ya veo que a ti no te gustan las mentiras, que no las echas de menos, vaya.

—He crecido entre mentiras —declaro sin saber por qué—. Algunas más inofensivas que otras. Andaba con la hija de la criada porque era la única persona allí incapaz de mentir, y eso era un punto a su favor. Uno muy grande. No sé si me enamoré en serio de ella, pero muy a menudo soñaba con vivir su vida, que por aquel entonces me parecía mucho más auténtica que la mía.

Es curioso que nunca haya expresado esto de una manera tan contundente. Y a una extraña, además. Quizá precisamente por eso: porque es una extraña y probablemente no vuelva a verla después de esta noche.

—Bueno, ¿qué? ¿Te vienes a mi casa y nos divertimos un rato?

—¿Y si no me divierto?

—Oh, claro que te vas a divertir. Conmigo nadie se aburre, ni siquiera la líder de los *Hungry Dogs*.

Enarco una ceja; no sé si me gusta su descaro, demasiado parecido al mío.

Pero cuando se levanta, la sigo como un perrito obediente.

No sé si ha sido el café o el aburrimiento o tantos meses de sequía o las muchas ganas de revancha. No lo sé ni me importa.

—Más te vale que no me aburra —la aviso con mi sonrisa más aviesa—. Cuando me aburro saco mi peor versión a pasear.

—¿En serio pretendes darme miedo?

—Ya, ya lo sé: te criaste en Carabanchel. Mucho delincuente suelto por ahí.

—Leyendas urbanas, mitos, malas lenguas, chismes que pasan de generación en generación. Muy exagerado todo. No es tan fiero, ni tan lúgubre, ni tan cutre. Es otro barrio más. Pero tampoco voy a llevarte allí.

—¿Y a dónde vamos?

—Príncipe Pío. Allí tengo un apartamento monísimo para solteras con ganas de guerra.

—¿Tiene jacuzzi? No me acuesto con nadie que no tenga jacuzzi.

La miro a los ojos, muy seria, tratando de contener la carcajada que se me atraviesa en la garganta.

Sacude la cabeza. No sé si no me cree o sí y me toma por una diva que trata desesperadamente de aferrarse a viejos éxitos, viejos caprichos, viejas costumbres.

—Tiene jacuzzi, no hace falta entrar en pánico.

Me echo a reír. Se lo ha tomado en serio. Me ha tomado en serio *a mí*, ¡qué disparate!

—Estaba bromeando. Si necesitara un jacuzzi, con volver a mi casa me basta. Aunque siempre es preferible uno compartido.

—No eres muy fan de la soledad, eh.

Me ha pillado. La soledad me vuelve melancólica, me obliga a mirar hacia dentro y no me gusta; no es mi rollo.

—Pues no. La soledad es aburrida, es sosa, es cosa de gente amargada.

—¿Tú me ves cara de amargada? Porque vivo sola la mayor parte del tiempo, no soy muy sociable y solo, de vez en cuando, invito a una desconocida a mi casa.

Intenta hacerme sentir privilegiada. Eso estimula mi ego. ¿A quién no le gusta sentirse única y especial?

Pero tampoco me engaño porque ya tengo unos años y sé muy bien cuándo me mienten y cuándo me dicen la verdad. En mi profesión la mentira es el pan nuestro de cada día; mentimos todos los días y lo hacemos por dinero.

Sin embargo, me gustaría creer que esta mujer es sincera cuando dice que quiere pasar la noche conmigo.

Y yo no tengo nada que perder.

Ni siquiera el orgullo. Eso le importaba a la líder de *Hungry Dogs*, esa que tenía que hacerse respetar.

A esta Cayetana, aburrida de la vida y de todo en general, lo que le apetece es un buen revolcón sin comeduras de tarro.

—Una copa y un polvazo. No pido más —le digo mientras cruzamos la última calle antes de llegar a su edificio.

—No me gusta la gente que se resigna —me reprocha mientras entrelaza sus dedos con los míos y me besa en los nudillos.

—No me resigno —la corrijo con mi dedo índice golpeando sus labios—. ¿Has oído bien? He dicho *un polvazo*. Por menos de tres orgasmos no me meto en la cama de nadie.

Los Sampedro: Genio y figura hasta la sepultura.

—Procuraré estar a la altura —me guiña el ojo con la naturalidad de quien lleva haciéndolo toda la vida.

—Tranquila, sé que lo estarás.

No sé dónde nace esta certeza, pero lo averiguo tan pronto llegamos a su apartamento monísimo para solteras con ganas de guerra.

Basta un solo beso para encenderme de la cabeza a los pies.

Sin querer, pido perdón a Rocío. Como si pudiera oírme.

¡Qué estupidez la mía!

Beatriz me desnuda prenda a prenda, con una lentitud tan deliberada que me eriza el vello y me provoca un hormigueo de satisfacción anticipada allí donde parecía que todo estaba de vacaciones: descansando tan ricamente.

—Eres preciosa.

—Eso ha sonado muy adolescente.

Me parece escuchar a Ro diciéndome eso mismo hace una eternidad.

Y a mí creyéndomelo mientras un inoportuno sonrojo me dejaba vulnerable y a punto de hacer cualquier locura.

—No he dicho nada que no sea verdad.

—Sigue sonando ingenuo, inexperto, maravillosamente descuidado. Como esos piropos que los fans nos dedicaban en los conciertos, llenos de todo el sentimiento, pasión, inocencia y entusiasmo de los veinte años.

—Nunca cuido mi lenguaje. No lo necesito, ni siquiera me conviene. Trabajo en publicidad y dirijo a un equipo de veinte personas. Si me ando con filtros no se me entiende.

—Cállate —la beso y agoto su discurso. Ahora mismo solo me interesa su cuerpo y su capacidad para satisfacerme.

A trompicones acabamos en su cama: minimalista, exquisita, muy de mujer empoderada que

sabe lo que quiere y cómo conseguirlo; muy yo a los veintipocos.

Alarga los brazos y toquetea un mando a distancia.

La voz de Lana del Rey inunda el dormitorio. No está entre mis favoritos, pero tampoco me desagrada y por sorpresa encaja con la escena.

Beso a beso va derribando mis barreras, las que ni siquiera sabía que había alzado durante los últimos veinte años.

Me acaricia el pelo, las mejillas, los labios, la curva de mi cuello

Entierra su cabeza entre mis piernas y yo cierro los ojos; suspiro, jadeo, suspiro, jadeo...

Sabe lo que se hace, eso no puedo discutirlo, sabe qué teclas pulsar para volverme del revés y ahuyentar definitivamente el recuerdo de aquella Rocío adolescente que me descubrió el amor y el sexo. Y el valor de la amistad.

La misma que me traicionó con el primero que se le puso a tiro mientras yo me aburría como una ostra en Inglaterra, la misma que abandonó nuestros sueños porque nunca creyó realmente en ellos.

Sacudo la cabeza.

Sigo suspirando, sigo jadeando.

Beatriz no es Rocío y empiezo a pensar que es mucho, muchísimo mejor.

Una relación más adulta, más libre, menos romántica pero más satisfactoria.

Sus labios suben desde mi pubis a mi ombligo, después ascienden hasta mis pechos donde se regocijan, se deleitan y me deleitan; yo permanezco con los ojos cerrados, porque alguien me dijo un día que se siente más cuando menos se ve.

No recuerdo su nombre, ni su edad, ni el lugar donde follamos; sí recuerdo que me vendó los ojos y no los liberó hasta que todo terminó.

Hoy no llevo venda, no la necesito; no siento tentaciones de abrir los ojos y romper el hechizo que me mantiene en sus brazos, relajada, en paz, como no lo he estado desde aquel abril del 74.

CAYETANA
Primavera de 1974
WATERLOO



Estaba enfadada con papá. Muy enfadada, y como siempre que me enojaba de más, la rabia se convertía en energía y empuje, y gracias a eso estaba casi a punto de alcanzar a Rocío. *Casi*. Nunca llegaba a conseguirlo. La muy jodida era un as patinando. Era lo único que hacía mejor que cantar. Y cantaba como los ángeles.

¿Por qué estaba enfadada con papá?

Porque no nos dejaba ir a Brighton a ver en vivo y en directo el festival de Eurovisión.

Nos tendríamos que conformar con verlo en la televisión, como todos los españoles grises y anónimos.

Pero los Sampedro no éramos como la mayoría de los españoles; teníamos más dinero.

Aunque nunca se hablara del tema delante de mí, yo sabía que era rica; mis amigas lo eran, iba a un colegio bilingüe exclusivo y siempre viajábamos al extranjero en verano; mi padre tenía dos coches de alta gama y un chófer a su disposición los 365 días del año. Mi madre iba a la peluquería cada lunes, y algún que otro sábado si se presentaba algún evento, fiesta o velada musical. Iban a Madrid para asistir a las funciones teatrales y a Santander para darse baños de mar porque alguien les había dicho que eran buenos para la salud.

¿Por qué nosotras no podíamos ir a Brighton?

¿Por qué no podía ir yo al menos?

Entendía que Rocío no pudiera venir conmigo; su madre no podía permitirse un lujo así, pero ¿yo?

¿Por qué yo no?

—¿Qué haces ahí parada? —preguntó al verme sentada en el césped del parque de María Luisa con cara de frustración.

—Renuncio a seguir compitiendo contigo. Nunca llego a alcanzarte. Me aburre perder siempre.

—No sabes perder, que es muy diferente —declaró mientras se apoyaba en mi hombro para sentarse a mi lado.

—No podemos ir a Brighton —bufé sin cambiar mi lastimero tono de voz.

—¡Pues vaya novedad!

—¿Y no estás que te subes por las paredes?

—Pues no. Tampoco esperaba ir. Ni siquiera me había atrevido a soñarlo.

Esa era Rocío. Tan realista que daba grima. A mí me deprimía oírla hablar así, con aquel desencanto tan suyo, como si la felicidad no estuviera hecha para ella.

—Si no persigues tus sueños, ¿cómo piensas alcanzarlos?

—Los sueños no son para gente como nosotras.

—Pues yo sueño cada día con convertirme en la ganadora indiscutible del festival de Eurovisión.

—Estaba pensando en mi madre, no en ti. Tú llegarás a donde te propongas. Solo tienes que pedirlo.

—¿No te he dicho que mi padre no nos deja ir a Inglaterra? *No me da todo lo que pido.*

Hice un puchero, pero Ro no hizo caso de mis melindres, como los llamaba ella.

—No me das ninguna pena.

Y ciertamente nunca conseguía que sintiera un poquito de lástima por mí. No creía en lo de «pobre niña rica»; los ricos no teníamos derecho a llorar. Ni una sola lágrima; los llantos y lamentos eran patrimonio de los pobres. El único que les quedaba.

Tenía una idea muy estereotipada de los ricos, incluso de nosotros, a pesar de haber nacido y crecido en El Arbol.

Desde que nos conocimos, nunca había podido convencerla de que no todo era tan de color de rosa como se veía desde fuera. Vale que no nos faltaba el dinero, pero yo no era feliz si no estaba con ella.

Tampoco tenía amigas en mi colegio porque todas eran estúpidas y tenían su vida ya programada y planificada. Y su único sueño era ir a California en verano. Eso, y pescar un marido guapo y rico que las llevara a cenar a sitios caros con mucho *glamour* y mucha gente importante.

A pesar de que mi padre era el ganadero más importante de Andalucía y sus toros estaban en las plazas de toda España, yo era una pija de segunda categoría porque vivíamos en el campo, montábamos a caballo, jugábamos con los animales y solo íbamos a Sevilla una vez por semana.

No era una urbanita, no me gustaba ir de compras y me aburría si estaba quieta más de cinco minutos.

Ah, y además me gustaba cantar.

Pero no ópera, ni coplas.

Odiaba las coplas, pero nunca se lo dije a Isabel porque ella las adoraba y andaba cantándolas por toda la casa.

Y lo hacía requetebién, o de quién iba a sacar Rocío esa voz de mezzosoprano.

Me encantaba escucharlas, a las dos, aunque sus gustos musicales fueran tan opuestos.

Yo no cantaba mal, pero mi registro de voz era más bajo; no desafinaba, pero el falsete no se hizo para mí.

Cuando Ro y yo cantábamos juntas en alguna fiesta o cualquier domingo, en la sobremesa, la gente hacía palmas y nos animaba. Aprendimos a cantar casi antes que a hablar y El Arbol nunca conoció silencios incómodos.

Rocío siempre tenía miedo de molestar, importunar o quedar en ridículo. Yo no le tenía miedo a nada, mucho menos a la opinión de los vecinos o los amigos de mis padres; si sabían lo que les convenía, no iban a decir ni mu. Yo era la niña consentida, la mimada, la privilegiada; nadie insultaba o menospreciaba a Cayetana Sampedro.

No era popular, pero tampoco era el blanco de ninguna burla; ni en el colegio, ni fuera de él. Y todos tenían que reconocer que cantaba bien y tenía atractivo para dar y vender.

—Tú tampoco me das pena —repliqué con un mohín que quiso ser burla y se quedó con las ganas.

—Ni lo pretendo. Todo lo que me falta en el bolsillo, me sobra en el cerebro.

No hacía falta que me recordara que sus notas eran mejores que las mías, que tenía una memoria fotográfica y era una dichosa agenda con piernas, que siempre llevaba los deberes al día

y no suspendía un solo examen.

—¿Me estás llamando tonta?

—No —me sonrió de oreja a oreja—; eres muy lista para lo que quieres, pero empollar no es lo tuyo.

Pues no, no lo era, ni tampoco tenía complejos al respecto.

—¿Chocolate con churros?

—Por favor.

—La que llegue antes, se lleva doble ración.

—Te pondrás como una foca y no te quedará energía para ganarme patinando.

—Más quisieras.

Pues sí, a qué engañarse. Hubiera sido genial que, por una vez, Rocío ganara unos kilitos y perdiera un poquito de su agilidad.

Pero ella comía y comía y no engordaba un mísero gramo.

«Cosas de la juventud», decía Isabel mientras nos sonreía con tanta condescendencia como cariño.

Por supuesto, Rocío ganó la carrera y se llevó seis churros y en cambio yo solo tres, y eso a escondidas de mis padres, porque no les gustaba que comiera cosas pingosas y vulgares.

Y es que a mí me encantaba la comida «de pobres»; cuanto más pingosa y vulgar, tanto mejor.

Pero los churros no me quitaron el malhumor, ni el resentimiento por que me hubieran negado mi capricho de un modo tan arbitrario e irracional.

Y me enfermaba que Ro se lo tomara tan deportivamente, con tanta naturalidad.

—Si no protestas, nunca vas a conseguir nada.

—Y por mucho que proteste, tampoco.

—Me maravilla tu desbordante optimismo.

—Ni lo intentes, Tana. Conmigo el sarcasmo es inútil. Sé muy bien por qué hago lo que hago y por qué soy como soy.

Bufé. No había nada que hacer. Rocío era terca como una mula y no se bajaba del burro ni que la atizaran. A su corta edad ya tenía una personalidad muy marcada, y me gustara o no, no iba a cambiar.

Y a ratos sí me gustaba. Y la admiraba. Y a veces quería ser más como ella y menos como yo, porque yo era un desastre en muchos aspectos y además iba muy desnortada porque a nadie le parecía urgente leerme la cartilla y ponerme un correctivo.

Isabel nos regañaba a las dos, aunque siempre diera la sensación de que era mucho más dura con Ro que conmigo; siempre creí que era porque temía perder su trabajo si se indisponía en mi contra, pero al cabo de los años descubrí que la traía al paio lo que yo hiciera o fuera; después de todo su hija era Rocío. Y además pensaba que yo tenía la vida resuelta desde antes de nacer.

Nunca sabría lo equivocada que estaba, lo insegura que me sentía, lo oveja negra que era, lo aburrido que era mi destino o las ganas que tenía de que todo volara por los aires y largarme muy lejos para descubrir quién era realmente.

Yo solo quería cantar, y quería hacerlo con Rocío.

Pero para eso teníamos que largarnos de Sevilla, dejarlo todo atrás y atrevernos a perseguir nuestros sueños. No importaba si no lo conseguíamos a la primera, ni tampoco a la segunda o a la tercera; lo importante era no rendirse.

Lo malo era que Rocío ya se había rendido y hablaba de estudiar Derecho en la universidad de Sevilla.

—No puedes hablar en serio.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Que no has nacido para ser abogada, sino cantante. Y lo sabes, pero tienes miedo.

—No es miedo, es prudencia. Deja de soñar películas para adolescentes.

—¿Y qué somos tú y yo? ¿Solteronas amargadas?

—Es lo que acabaremos siendo si perseguimos algo que no nos corresponde, por lo menos a mí.

—Oh, vamos, no puedes rendirte tan pronto. Ni siquiera lo hemos intentado y tú ya te atienes al plan B.

—Los planes B salen mejor que los planes A. Los planes A son para soñadores, aventureros y temerarios. —Señaló y añadió a continuación—: Ya sabes que yo no soy nada de eso.

—Sí lo eres, pero no quieres verlo, prefieres renunciar a intentarlo que fracasar. Pero si renuncias, ya has fracasado.

Declaré con absoluta convicción, pero Rocío no me creyó y ya debí haber supuesto que, en ese momento o en cualquier otro, ella preferiría refugiarse en su cómoda cobardía antes que apostar por nosotras. Y no solo como cantantes.

Tampoco podía afirmar con rotundidad que, en aquellos días en El Arrebol, cuando faltaban apenas horas para que empezara el festival de Eurovisión, Rocío y yo fuéramos algo más que amigas. Nuestra relación había sido siempre la de dos hermanas de leche, siempre unidas, a veces peleadas, cómplices de nuestras travesuras; inquietantemente perfecta.

Claro que a mis padres no les gustaba mucho que andara todo el día del brazo de la hija de la criada, pero no le daban importancia; éramos adolescentes, todo cambiaría con el tiempo, yo estudiaría en el extranjero, viajaría, se me abrirían horizontes nuevos mientras que Rocío se quedaría en Sevilla, conocería a gente nueva y me olvidaría.

Nosotras no hacíamos caso de lo que pensarán los mayores; como buenas adolescentes, éramos rebeldes y hacíamos oídos sordos a consejos, recomendaciones, discursos paternalistas y broncas varias. Teníamos un horizonte; yo lo tenía, y estaba lleno de canciones, de música, de gritos y aplausos, de éxito. Una vida de diva que yo podía ver en technicolor, como las películas que nos llegaban de Hollywood, llenas de *glamour* y lamé dorado.

Aquella noche, mientras escuchábamos las canciones que participaban en el concurso y veíamos el espectáculo del festival más popular de nuestra España gris y franquista, yo seguía soñando, con Rocío a mi lado, las manos entrelazadas, los corazones palpitantes y la ilusión, la mía, de subirme a un escenario, brillar bajo las luces y dejarme llevar por las notas de la canción más hermosa jamás escuchada.

ROCÍO

Primavera de 1974

VOULEZ VOUS



El éxito de ABBA en Eurovisión fue un tanto desconcertante para una España que todavía despertaba cada mañana bajo la férula del dictador. No es que no supiéramos dónde quedaba Suecia, nosotras lo sabíamos, el resto de los españoles empezó a buscar el país en el mapa solo para no quedarse sin habla en cualquier conversación de sobremesa.

Las suecas ya habían llegado a nuestras playas una década antes y las habían monopolizado. Al principio fueron la novedad, los hombres se pirraron por ellas porque eran lo justo opuesto a la española castiza y a la andaluza de raza. También porque trajeron sus modos y modismos, su manera de ser y pensar, y revolucionaron una sociedad conformista y soñolienta que había perdido la capacidad de decidir y pensar por sí misma.

Y llegó *Waterloo* aquella noche, y a la mañana siguiente no se oía otra cosa en El Arrebol porque Cayetana se había aprendido la letra de memoria, era muy capaz de lo que fuera si estaba motivada, y todos empezamos a corearla casi con el mismo entusiasmo que ella. Casi, porque el entusiasmo de Cayetana era único e inimitable.

Su estrella brillaba tanto que todos los demás quedábamos relegados a un segundo plano, incluidos sus padres y el cascarrabias de su abuelo, quien todavía era el patriarca de la familia, pero en manos de su única nieta era como un crío de teta. Cayetana era su debilidad y no lo ocultaba; y ella se aprovechaba y le sacaba todo el partido posible.

Por supuesto, al abuelo no le gustaba que la niña se dedicara a la música, ni mucho menos cantase canciones que «nadie en ninguna casa decente entiende».

Él quería que su nieta hiciera un buen matrimonio con alguien de su clase, que le quitara los pájaros de la cabeza; el bueno de Cayetano. No era mal hombre, ni siquiera estaba a favor de Franco, pero era un claro exponente de aquella generación que proclamaba que el lugar de la mujer estaba entre las cuatro paredes de su hogar.

Cayetana lo escuchaba, condescendiente, distraída, absorta en sus propios sueños, esos que compartía conmigo, a oscuras, en mi habitación, cuando todos dormían.

Mientras, yo tenía mis propios sueños, y tenían más que ver con Tana que con la música; yo no volaba tan alto, no quería fama, ni éxito, ni fortuna. Me bastaba con ella, en cualquier sitio, una ciudad desconocida donde solo fuéramos dos chicas queriéndose, sin diferencias de clase, sin estereotipos ni prejuicios. Donde no tuviéramos que escondernos. Solo quería libertad, autonomía. Y anonimato. Sobre todo: anonimato.

Pero eso era precisamente lo que Cayetana no quería, de ningún modo.

Hiciera lo que hiciese, buscaba el aplauso del público, su aprobación, su validación. Le importaba mi opinión, pero no más que las de sus compañeras de pupitre en el colegio y el instituto. Necesitaba sentirse querida, pero mi amor no bastaba.

Tampoco era ningún secreto que yo no estaba a la altura de la familia Sampedro; podría ganar un concurso de belleza, o conseguir una beca para estudiar en el extranjero, debido a mis extraordinarias calificaciones, y nunca llegaría a superar el listón. No, ni aunque hubiese sido un as del patinaje.

A veces me hacía ilusiones, a veces hasta me quedaban bonitas, a veces hasta creía en los sueños locos que habitaban mis noches, pero luego el despertar era más duro, más cruel y desolador. Y yo me quedaba sola.

Esa era mi peor pesadilla en la adolescencia: quedarme sola.

Quizá porque era la historia de mi madre, que se quedó sola y embarazada de la noche a la mañana. A mí nunca me pasaría eso, me decía mientras hojeaba revistas del corazón y masticaba chicle, a mí nadie me abandonaría, ni mucho menos me metería en un problema gordo.

Y bueno, sí, puedo decir que, aunque me quedé embarazada antes de tiempo, Fernando no me dejó tirada, aunque su madre se lo aconsejara como unas mil veces, antes y después de la boda.

Mal hecho, porque Fernando hacía oídos sordos a los consejos de todos, como buen veinteañero, y solo hacía su santa voluntad.

Los sueños de triunfar como cantante se habían hecho humo mucho antes incluso de acostarme con mi novio. Él nunca me dijo que cantara bien; de hecho, creo que nunca canté delante de él. Sobre todo, porque le gustaba la ópera y la música clásica. Nada del pop de los setenta.

Mis sueños de abogada laboralista también se fueron al garete cuando el médico anunció mi embarazo. No me dolió; como bien dijo Cayetana, yo nunca había querido ser abogada realmente y dedicarme a mi marido y mi hija, en 1979, me parecía lo más natural, adecuado y decente.

Tampoco estaba ella a mi lado para obligarme a reaccionar, cuestionar mi presente o mi futuro o reprocharme que me hubiera acomodado en la mediocridad.

Y es que los sueños de aquella primavera del 74 me parecían puros cuentos de hadas para niños. Lo que para Tana estaba a la vuelta de la esquina, para mí estaba a años luz. Así de diferentes éramos. Y eso que por aquel entonces yo todavía creía que el amor lo podía todo, incluso salvar diferencias insalvables.

Nuestra amistad parecía a prueba de bombas y no quería más. A veces fantaseaba con otro tipo de relación, pero claro, eso era impensable en la España de ese momento. Todavía se perseguía a los homosexuales y se les aplicaba la ley de vagos y maleantes. Cayetana hablaba a veces del tema; mi madre ni siquiera lo hizo, porque para ella esa «gente» no existía.

Desde luego, en nuestro entorno no conocíamos a nadie que no llevara una vida respetable. Nunca supe cómo Tana se enteraba de lo que pasaba en la capital porque apenas salíamos de la finca, si acaso para pasar alguna tarde en Sevilla, sobre todo durante la feria.

—Nunca sé cómo te enteras de esas cosas si no pisas Madrid.

—Porque leo, Ro, leo y escucho cosas. Mis compañeras apenas me hablan, pero sí hablan entre ellas como si yo no existiera o estuviese sorda como una tapia. Pero yo las escucho y explico anécdotas de lo más interesante en los lavabos. ¿Alguna vez has besado a una chica?

La miré como si fuera un ente extraño recién llegado desde Júpiter.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho? ¿Te refieres a... besar en la boca?

—Pues claro, ¿dónde si no?

—Pero eso está prohibido, Tana. Es delito. Y es pecado.

—Delito y pecado es matar, Ro. Amar nunca debería ser delito ni pecado. No te hacía tan santurrona.

—No soy ninguna santurrona y no puedo creer que hables en serio. ¿Tú lo has hecho? ¿Has

besado a alguna chica en la boca?

—Todavía no. Pero quiero hacerlo algún día. Quiero saber qué se siente, si te desintegras o se te caen los ojos, los labios, te conviertes en serpiente o algo así.

—¿Qué tonterías dices! No te vas a morir por besar a una chica, pero no está bien y va *contra natura*.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Lo dice la Iglesia, Tana. Y Franco. Y la buena moral católica.

Y ahí sí sonaba como una jodida santurrona; una beata escandalizada y fascinada también, a mi pesar.

—Paparruchas. Nadie va a decirme cómo vivir mi vida, ni con quién.

Puse los ojos en blanco al escucharla, si sus padres o su abuelo la oían se iba a armar la de Dios.

—No digas esas cosas, por favor. Que la vas a liar.

—Qué voy a liar ni qué voy a liar. No seas cagueta, Ro. ¿Tú crees que las suecas no se besan en la boca si quieren? Aquí vivimos en la época de los Reyes Católicos, pero en Europa esto está muy superado. En Francia, sin ir más lejos, ha habido mujeres que han sido amantes.

—Los franceses tienen una moral muy relajada.

—Los franceses no sufren ninguna dictadura, Ro. Llamemos a las cosas por su nombre.

—Calla, que te van a oír.

—Que no nos oye nadie, Ro, estamos en mitad del campo y no hay un alma en un kilómetro a la redonda. Además, Franco no durará mucho, he oído por ahí que está enfermo. No va a vivir eternamente, y cuando esta locura se acabe, volveremos a Vivir, con «v» mayúscula.

—Tampoco creo que España vaya a convertirse en Sodoma y Gomorra solo porque ya no haya mano dura.

—¿Te cuento un secreto?

Cayetana me guiñó un ojo y yo supe de inmediato que iba a soltar una barbaridad de las suyas.

—Sorpréndeme, por favor.

—Entre la gente de postín a veces montan orgías. Sí, incluso ahora, incluso aquí, en la santurrona España.

Estaba por taparme los oídos. A Tana le encantaba provocarme, era la única que escuchaba sus locas propuestas, la única que no censuraba sus palabras, la única que guardaba bajo siete llaves cualquier cosa que compartiera conmigo.

Ella sabía que mi lealtad y mi silencio eran inquebrantables.

Y me gusta pensar que por eso me quería, por eso fantaseaba con besarme en la boca.

Y mentiría de la manera más hipócrita si negara que yo lo deseaba también.

Que mis sueños más inconfesables la tenían a ella de protagonista.

Que me avergonzaban tanto como me excitaban.

Y me excitaban muchísimo. Pero no me atrevía a contárselo a nadie, mucho menos a ella; no porque se escandalizaría, sino porque probablemente se echaría a reír o me daría calabazas.

O a lo mejor no... Y entonces todo sería mucho más complicado.

—¿Quieres que nos besemos en la boca?

La voz de Tana me sobresaltó. Sus palabras me provocaron escalofríos.

¿Lo quería?

Por supuesto que sí.

¿Estaba mal?

Pues también.

¿Me importaba realmente?

No.

Tampoco iba a tomar la iniciativa, sobre todo porque ella siempre llevaba la voz cantante y esta vez no iba a ser diferente.

Cuando tuvo sus labios sobre los míos sentí las famosas mariposas en el estómago, un cosquilleo me sacudía el cuerpo entero y pensé que estaba en algún cielo donde era feliz.

Eso tenía que significar algo.

No quería ponerle nombre, ni etiqueta.

Cayetana profundizó en el beso de un modo que daba a entender que no era el primer beso que daba.

—Tú ya has besado a alguien antes de hoy.

No era exactamente un reproche. O quizás un poco.

—¿Qué dices? ¿A quién voy a haber besado yo?

—Lo has hecho demasiado bien como para no tener experiencia.

—Es que he ensayado mucho. Ya sabes que me gusta ensayarlo todo, igual que con las canciones.

—¿Y a quién o qué se supone que has besado?

—El espejo de mi habitación, ¿qué si no? ¿De veras piensas que podría haber besado a algún chico o a alguna de mis compañeras?

Hizo el gesto de meterse los dedos en la boca, manifestando el asco que le provocaba la simple idea de besar a alguien que no le gustara.

—Me ha gustado —reconocí con una vocecita apenas mía.

—Lo sabía —proclamó ella, tan ufana como de costumbre.

—Tampoco te lo creas tanto. No ha estado mal, pero no tengo con qué compararlo. Es el primer beso que me dan.

—Pero no será el último. Y lo sabes.

—Y tú sabes que nos vamos a meter en un lío de narices si alguien se entera de esto.

—¿Y quién se va a ir de la lengua? ¿Tú? ¿Yo? ¿El árbol? ¿Las flores? No seas ridícula, Ro. Estamos solas. Y somos libres. No pienses tanto y siente más.

Era tan fácil para ella como difícil para mí.

Todavía tenía el sabor de su boca en la mía.

Y no sabía qué pensar o sentir al respecto.

CAYETANA
Verano de 1975
SUPER TROUPER



Después de aquel primer beso llegaron muchos más, tantos que las dos perdimos la cuenta; no me importaban los números sino las sensaciones, las palpitaciones de mi corazón o cómo se me erizaba el vello cada vez que Ro me tocaba.

En aquellos días me pasaba las horas tarareando canciones por los pasillos de la casa, entusiasmada, enamorada, deseando que cada día me trajera una emoción nueva y desconocida. Seguía siendo incorregiblemente optimista, seguía soñando con los ojos abiertos y seguía queriendo a Rocío, a pesar de sus constantes lamentos y su eterno pesimismo. Pensaba que todavía podía cambiarla; no sabía o no quería aprender que la gente es como es, y lo que toca es aceptarla con todas sus luces y sus sombras.

Andaba convencida de que el amor lo podía todo, era una adolescente enamoradiza y antojadiza que no sabía lo que era una negativa, un reproche o un castigo. En el colegio andaba en Babia, pensando en canciones, conciertos y aplausos; cuando llegaba a casa me ponía a ver la tele o a cantar, o iba a buscar a Rocío y la rescataba de la montaña de libros que la mantenía secuestrada la mayor parte del tiempo.

Ella, por supuesto, protestaba y me pedía que la dejara estudiar, que si tenía un examen, que si no se lo sabía, que si no estudiaba no iba a aprobar, que... Uff... una letanía de excusas para no reconocer las ganas que tenía de mí y lo aburridísimos que eran todos aquellos condenados volúmenes que a ella le importaban tanto y a mí tan poco.

Era una adolescente caprichosa, sí, y mi capricho era Ro.

Como si fuera mi muñeca favorita, quería estar con ella a todas horas, sin importarme si a ella le venía mejor o peor, si perder el tiempo conmigo podía condicionar su presente y arruinar su futuro. Confieso que fui muy egoísta y solo miré por mi placer, sin tener en cuenta las consecuencias.

Corría julio y el calor era tan insoportable que todo mi cuerpo ardía sin remedio; Isabel y yo andábamos preparando el cumpleaños de Ro, que era a finales de mes, y queríamos hacerle una fiesta por todo lo alto. Le dije a Isabel que no reparara en gastos, iba a romper la hucha que empecé a llenar el día de mi comunión y ya contaba con muchas monedas y más billetes, y el resultado sería espectacular y sobre todo inolvidable.

Por supuesto, a mi madre no le hizo ninguna gracia que gastara todos mis ahorros en una fiesta para Rocío; no la quería mal, pero opinaba que cada cual tenía que estar «en el lugar que le correspondía según su condición social». Ella y sus malditas convenciones, su clasismo, su manía de encasillar a la gente conforme a lo que tenían, como si no pudiesen aspirar a nada en la vida.

Por desgracia, Isabel era de su misma opinión.

«Naces pobre y mueres pobre».

Y para mayor infortunio, Ro había heredado esos pensamientos negativos; iba a estudiar una carrera que no le gustaba y para la que no había nacido solo para no acabar sirviendo como su madre, en mi casa o en cualquier otra del mismo o mayor estatus. A mí todo eso me daba grima, la verdad. Contaba con apenas un curso para animarla a perseguir nuestros sueños de convertirnos en cantantes.

Por desgracia, en aquella época no contábamos con karaokes donde poder desahogarnos y, de paso, hacernos oír.

Aprovechábamos cualquier oportunidad para cantar, pero nuestro público era reducido y poco objetivo; fuera del cortijo, las oportunidades se reducían a la nada más absoluta, pues ni siquiera íbamos al mismo instituto y no teníamos amistades comunes.

Quizá sería más acertado confesar que no teníamos amistades.

Éramos ella y yo contra el mundo.

Dos islas a la deriva en un océano de gente gris y uniforme, casi robótica; sin ilusiones, sin sueños, casi sin alma.

Dos soñadoras, una convencida y otra recalcitrante, que miraban el futuro esperando una señal para tomar una dirección u otra.

Así nos veía yo.

A veces nos disfrazábamos para actuar, a mí me encantaba ponerme los vestidos de mi madre, pintarme los labios, los ojos, jugar a la *femme fatale* con pañuelos, abanicos, collares de perlas y cualquier joya que encontrara en el tocador de mi madre. A ella no le importaba en las raras ocasiones en que se daba cuenta de que tal o cual cosa había desaparecido o estaba fuera de sitio.

Mi madre era muy despistada, vivía en su mundo; no era una madre cariñosa, tampoco severa, exigente o emocionalmente inestable. No estaba todo el día dándome abrazos o besos, pero era buena gente a su manera. No intentaba cortarme las alas, supongo que pensaba que la vida ya se encargaría de «ponerme en mi lugar»; nos escuchaba hablar de canciones, de grupos, de ganarnos la vida cantando, y ponía los ojos en blanco; a veces soltaba alguna carcajada, como si hubiese escuchado algo muy disparatado, sin pies ni cabeza.

Mi abuelo iba en el mismo plan; nos oía sin escucharnos, sin entendernos, como si fuésemos dos cabezas de chorlito o no hubiéramos salido del cascarón; meneaba la cabeza y también soltaba risitas por lo bajo cuando creía que no lo veíamos. Nosotras podríamos habernos ofendido, sobre todo yo, podríamos habernos enfadado, protestado por que no nos tomaban en serio, pero preferimos no hacer caso.

—Cuando ganemos el primer millón ya nos mirarán con otra cara, te lo digo yo.

Levanté la barbilla, orgullosa, al decirlo.

—¿El primer millón? ¿De veras se gana tanto cantando?

El silbido de Ro sonaba casi ofensivo.

—Si cantas, grabas discos; si grabas discos, estos se venden; y si vendes muchos, ganas mucho —la informé con mi característica petulancia—. Te conocen y te paran por la calle, te piden autógrafos y te conviertes en una superdiva. No me digas que no es emocionante.

Mi voz tenía un matiz histérico muy de adolescente, pero es que *éramos adolescentes* y teníamos todo el derecho de ponernos histéricas a la mínima ocasión.

—Ganar dinero está bien, no te digo que no. Lo de superdiva no lo acabo de ver. No me va, no me siento a gusto con esa idea.

—Porque no es muy lo tuyo, pero a lo bueno todo el mundo se acostumbra. Es como ganar la lotería, ¿quién no quiere ser millonario? Además, nosotras ganaremos dinero trabajando,

haciendo lo que nos gusta: viajando, dando conciertos...

—Ay, Tana, todo eso que cuentas es muy bonito. Tanto como irreal.

—Me duele que no confíes en nosotras. Que no confíes en ti.

Me dolía mucho, más de lo que nunca le dije a Ro. Tampoco servía de mucho porque ella no nos veía como yo lo hacía; no sé si era falta de imaginación o exceso de modestia o miedo o cobardía o todo junto y bien mezclado.

—Confío en mí, claro que confío en mí, y en ti —me rebatió—. Claro que sí, en ti más que en nadie que haya conocido —me prometió a continuación—. Pero confiar no es soñar despiertas, no es veniros arriba, no es extralimitarnos.

—No me quedaré en tu mundo gris y uniforme, donde la gente hace cosas que no quiere solo por encajar en un molde —le reproché de malos modos—. Yo no encajo en ningún molde, ni ganas tengo —le recordé por si le fallaba la memoria—. Yo soy Cayetana, un espíritu libre, sin ataduras, sin etiquetas, sin convenciones. Todo eso es cosa de mis padres, yo no voy por ese camino.

Me dolía que pensara que tenía las mismas ideas que mi familia; no eran malas, pero tampoco tenían nada que ver conmigo.

—No puedes vivir de espaldas a la sociedad y a tu familia, no sin pagar un precio. Los sueños no son gratis, aunque soñar sí lo sea.

—Mira que eres ceniza, si no te quisiera tanto te mandaba a freír espárragos.

—Uy, mira tú qué suerte tengo de que me quieras *tanto*.

Le golpeé en el hombro y luego la besé en la boca. No sé qué la molestó más.

—No puedes besarme en cualquier sitio que se te antoje —protestó—. ¿Qué pasaría si nos viera alguien?

Estábamos en la cocina, desayunando, solas, como siempre.

—¿Y quién nos va a ver? ¿Tu madre?

—Quita, quita, no digas eso, no quiero ni imaginarlo.

Rocío se santiguó.

—Mira que eres cagueta...

—Si no me quisieras tanto me mandabas a freír espárragos, ya lo sé.

La volví a besar solo para provocarla, sonrojarla, ponerle el mundo de revés. Su *maravilloso* mundo en blanco y negro, donde todo debía ser conforme a las reglas.

¡Qué aburrido, por favor!

—Tú disfrutas poniéndome a mil por hora.

—Me gusta desafiarte, sí —sonreí, pícara—. Si no lo hago yo, no lo hará nadie. Y alguien tiene que sacarte de esa cárcel de paredes grises donde dices sentirte tan a gusto. ¿Y sabes qué? Que no me lo creo. Ni una miajita.

No, no me lo creía.

Ro se autoimponía castigos sin sentido, deberes absurdos y normas que me sacaban de quicio.

—No vivo en ninguna cárcel, me limito a...

—Vegetar, sobrevivir, dejar pasar los días como si nada te importara.

—Tampoco soy un robot.

—Pues deja de hablar y actuar como si lo fueras.

—No sé vivir al límite como haces tú, no puedo fallar, no puedo permitir que mi madre se entere de lo nuestro.

—¿Lo nuestro? ¿Qué es lo nuestro? —la provoqué.

—Lo sabes de sobra, sabes que no somos como las demás.

—Por suerte.

—O por desgracia. Te recuerdo que remamos a contracorriente y vamos directas a estamparnos contra las rocas. Y duele, te lo aviso.

—La vida duele, Ro. Creí que lo sabías. Tú, la experta en desastres, catástrofes y tragedias humanas.

—Ahora te me vas a poner trascendental, tú, la loca, la fiestera, la que vive por y para el placer.

—Esa soy yo, sí, y no estoy ciega; sé lo que hay alrededor. Pero asumo las consecuencias. Por ti. Por nosotras. Por *lo nuestro*.

La besé una vez más, por gusto, por convicción, por asegurarle que lo nuestro era lo más real que teníamos. Eso y nuestro talento para cantar.

Me apartó de un empujón. Pero sonreía. Con los labios, con los ojos, con toda la cara; podía protestar todo lo que quisiera, pero mis labios callaban cualquier reproche de los miles que se hacía, porque Ro no se aceptaba tal cual era, y así iba a ser muy difícil que *lo nuestro*, lo que fuera, saliese adelante.

—Deja de besarme así, como si no hubiera mañana. Me desestabilizas.

—Pues mira qué bien. Eso es justo lo que siempre he querido, desestabi... ¿qué? Eres única para las palabras que no acaban nunca.

—Si leyeras más, no te pasarían esas cosas.

—Si leyeras menos, nos lo pasaríamos mejor y hablarías en cristiano, como todo el mundo.

Me encantaba mortificarla, meterme con ella, picarla; por supuesto, era broma. No tenía ningún problema con que leyerá o usara verbos de diez o veinte sílabas que solo ella sabía qué significaban y para qué servían.

ROCÍO

Verano de 1975

KNOWING ME, KNOWING YOU



Enamorarme de Cayetana me complicó la vida de mil maneras diferentes; me distrajo y me alejó de mis propósitos más inmediatos, que eran aprobar el bachillerato y hacer el examen de ingreso a la universidad.

Cumplí los diecisiete el último día de julio entre palmas y bulerías, con una fiesta al más puro estilo andaluz, a pesar de las protestas de Tana, que habría querido algo más «europeo», más *cool*. Pero vivíamos en Sevilla y Franco todavía respiraba; había quien contaba los días para que el infierno de la dictadura acabara, pero había demasiada gente con miedo, preguntándose si la muerte del dictador supondría una liberación, una continuidad de la opresión vivida o algo mucho peor.

Yo, siendo yo más que nunca, no me hacía ilusiones de una España mejor y más libre. Sobre todo, más libre. No creía que la muerte de Franco fuera a cambiar nada, no de la noche a la mañana en el mejor de los casos; y no solía imaginar el mejor escenario en cualquier situación.

Vivíamos en un país de pilluelos, granujas y fulleros, solo la mano dura evitaba mayores desmanes. Que no teníamos libertad, pues no; pero aquella sociedad tampoco la echaba de menos ni habría sabido qué hacer con ella; como decía mi madre a menudo: los españoles necesitaban orden y disciplina, y desde luego en aquellos días no faltó ni una cosa ni otra. Era peligroso que la gente tuviera ideas propias porque, al parecer, solo sabían defenderlas a mamporro limpio.

Echaba de menos una actitud más europea, menos sentimental y más pragmática. Al contrario que Cayetana, era terriblemente racional, todo lo sopesaba, lo evaluaba, lo contrastaba, lo sometía a examen y no paraba hasta quedar satisfecha. Lo único que jamás analicé fue lo que sentía por ella; mis sentimientos jamás estuvieron bajo el microscopio, eran demasiado valiosos para cuestionarlos o quizá yo fuese demasiado cobarde para enfrentarme a los resultados. Qué sé yo. Lo único que tenía claro, para mi desgracia, era que nuestra relación era imposible. Podíamos jugar a mantener una relación clandestina durante esos años adolescentes, cuando todo lo prohibido tiene un sabor especial, picante y afrodisíaco, que te hace perder la cordura.

Yo la perdí, y la vergüenza, y los complejos: todos los que me habían atormentado desde niña, porque nunca fue fácil crecer al lado de Cayetana; no porque ella fuera rica, no porque yo fuese pobre, sino porque la estela de Tana era tan brillante que todo lo demás quedaba deslucido: una sombra gris arrastrándose a lo largo de las paredes, como un alma errante que no encuentra el camino de regreso al hogar.

Así me sentía en la mayoría de las ocasiones, ya fuera por propia iniciativa, ya porque los demás me lo hicieran sentir con eternas comparaciones; mucho después de que Tana se fuera yo seguía viéndome como un fantasma que no encaja en ningún sitio.

Podía olvidarme de todos esos complejos cuando me abrazaba o cuando nuestros labios se

empeñaban en chocar una y otra vez, imantados, inseparables, condenados a bailar una danza eterna y maldita. Podía olvidarme cada vez que Cayetana me decía que me quería o que nunca íbamos a separarnos; podía creerla a ratos intermitentes, podía dejarme llevar por todos sus sueños locos de triunfar cantando.

Una hora, dos horas, una tarde, un día, a lo mejor incluso todo un fin de semana.

Luego llegaba el lunes y tocaba volver a la realidad, abrir los ojos y dejar las ensoñaciones para las novelas y las películas.

Se me daba bien despertar, abrir los ojos y enfrentarme a la realidad de cada nuevo día, quitarme las telarañas de la cabeza y apartar los ojos de las musarañas; se me daba bien comprender que la realidad era mi carrera, mi futuro; mi prioridad era yo, y no debía permitir que los sentimientos que Tana me provocaba me precipitaran a un abismo del que no pudiese regresar sana y salva.

El amor en aquellos días era una complicación sobrevenida y no sabía si me apetecía.

Me gustaban las sensaciones, sí; el constante cosquilleo en el estómago, sentirme rebelde y audaz por una vez en la vida, sentir que llevaba las riendas, que sabía a donde iba y para qué.

Muy cerebral todo, ya lo sé.

Esa era yo.

Y Cayetana lo sabía porque llevábamos toda una vida juntas.

—Te vas a apolillar si continuas ahí, con la cabeza enterrada entre esos libros.

La eterna discusión que empezaba siempre que llegaba y me veía estudiando, cuando estábamos de vacaciones y se suponía que debía estar holgazaneando como hacía ella.

—Tú deberías estudiar también, el curso que viene es el último antes de la universidad y hay que darlo todo.

—Bah —hizo un aspaviento con la mano y se sentó a mi lado, a la mesa de la cocina, desierta a esas horas.

Mi madre había ido a Sevilla a comprar ciertos alimentos que no se encontraban en Coria del Río, donde siempre se avituallaba; los Sampedro iban a dar una cena la noche siguiente y todo debía salir a pedir de boca. No podía haber fallos. Mi madre, como yo, no se permitía un solo error.

—No voy a ir a la universidad, no me interesa —declaró sin el menor remordimiento—. Ni siquiera me apetece matricularme en el conservatorio para estudiar música. —Puso cara de aburrimiento—. Lo que quiero es ir a Madrid y probar suerte como cantante.

Otra vez la misma cantinela. Había que reconocer que no le faltaba tesón ni actitud; lo veía todo color de rosa, se veía a sí misma encima de un escenario, bajo los focos, cantando; desde el corazón, desde las entrañas, como solo ella sabía hacerlo; metiéndose al público en el bolsillo, animándolo a corear los estribillos, a bailar con ella a su mismo compás, haciéndole partícipe de la magia de la música.

En otras circunstancias, la hubiese acompañado con mucho gusto; a Madrid y al fin del mundo si hacía falta. Por desgracia, mi conciencia no me lo permitía; mi sentido de la responsabilidad me impedía ver el mundo con sus ojos y su optimismo.

—Y tú deberías venir conmigo —insistió, inasequible al desaliento y a mis mil y una negativas—. Juntas podemos conseguirlo todo.

Bufé. Puse los ojos en blanco. Me crucé de brazos, y aun así, no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—¿Y cuál es exactamente tu plan de fuga? Porque tendrás alguno.

Lo dije sin pensar, como un chiste malo, como un disparate, como otra de tantas tonterías que

compartíamos antes de irnos a dormir.

—Pues mira, sí, lo tengo. —Cayetana se cruzó de brazos—. De hecho, llevo meses maquinando cómo vamos a escaparnos de este cortijo, de esta ciudad y de este país.

Me eché a reír; no era ofensivo ni insultante, no quería que lo pareciera al menos.

—Tú riéte si quieres, me da igual lo que pienses, me da igual si me acompañas o no.

Ahí me puse seria. A mí no me daba igual que a ella le diera igual si la acompañaba o no. Se suponía que estábamos juntas contra viento y marea.

—Ah, que te da igual.

—Pues sí, Ro. Estoy cansada de arrastrarte, de intentar convencerte, de pedirte que creas en nosotras, y tú erre que erre, negándote la oportunidad de ser feliz haciendo lo que quieres, lo que sabes, negando tu don. Estoy harta.

Su enfado parecía muy convincente, y de alguien desconocido me lo hubiera creído a pies juntillas; sin embargo, conocía demasiado a Tana para tomármelo en serio. La miré, le sonreí, pero ella no cambió su gesto, no me sonrió de vuelta y entonces se me ocurrió que quizá sí estaba disgustada, molesta cuando menos, al ver que no la respetaba. Cayetana tenía mucho orgullo y mi condescendencia la hería en lo más hondo.

—Y yo estoy harta de recordarte que los sueños no son para gente como yo, de pedirte que pongas los pies en la tierra y actúes con sentido común, que te tomes en serio tu futuro y pongas todo en perspectiva. No estamos en Suecia, no hemos ganado ningún concurso y no vamos a ser famosas por mucha voluntad que le pongamos.

Bufé una y otra vez, aquello era el cuento de nunca acabar y me tenía francamente agotada.

—Déjalo, no quiero que me amargues el día con tu visión del mundo y de la vida. Eres peor que mi familia, cuando creía que nadie podía ser más aguafiestas.

CAYETANA

Otoño de 1976

ONE OF US



Empezaba septiembre, me quedaban dos días para marcharme a Inglaterra, y a Ro todo le daba igual. Ella, tan tranquila, y yo de los putos nervios.

Era injusto y cruel.

Yo estaba hecha un mar de lágrimas, no quería irme, no quería dejarla, estaba peleada con el mundo y quería romper cosas, gritar, aporrear las paredes hasta que me sangraran los nudillos. Sin embargo, mi mitad estaba la mar de tranquila, feliz porque podía empezar la carrera en un par de semanas, resignada a su suerte y sin ninguna idea o plan que incluyera música o canciones.

—O sea que vas a desperdiciar tu talento como cantante para ¿qué? Quiero entenderlo, pero no puedo. No me cabe en la cabeza que renuncies a nuestros sueños por ser abogada. Es que no te pega nada.

—¿Nuestros sueños? Quizá solo sean tuyos, Tana. Yo sé cuál es mi lugar en el mundo y, por mucho que te duela, no es encima de ningún escenario. Deja de soñar, por favor. Aprovecha la oportunidad de estudiar en el extranjero que yo jamás tendré, y vive. Pero no te dejes llevar por quimeras absurdas. Y recuerda que somos mujeres; por naturaleza, para nosotras todo es mucho más difícil que para ellos.

—No soporto tu pesimismo ni tu conformismo. Y no, no voy a dejar de perseguir mis sueños solo porque tú te hayas resignado al gris de la vida.

Estábamos en la cama, acabábamos de hacer el amor, quizá por última vez, y no se nos ocurría nada mejor que ponernos a discutir y a pelear.

La besé, acallando así todas sus protestas, su eterna y lamentable negatividad.

Yo había aprendido a vivir con eso, me pregunté qué pasaría cuando me fuera, cuánto me iba a echar de menos, ¿poco?, ¿mucho?, ¿encontraría a otra?, ¿a otro?

—¿Me echarás de menos?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que te echaré de menos.

—¿Me esperarás? Volveré si sé que estás aquí, que no te has ido o me has buscado una sustituta.

—¡Qué sustituta te voy a buscar yo! No seas tonta. Esto nuestro es una locura adolescente que debes olvidar en cuanto cojas ese avión. Nunca más hablaremos de esto. Con nadie.

—¿Qué estás diciendo? ¿En serio puedes olvidarme?

—No es olvido, es sentido común, instinto de supervivencia. No te olvidaré, pero nuestras vidas se separan, es inevitable, y no tiene por qué ser un drama.

Intentaba ser fuerte por las dos; intentaba ser cínica para no derrumbarse, intentaba no darle importancia para no romperse por dentro.

Yo y mi mirada alucinada no se lo ponían nada fácil.

—¿De veras piensas que puede haber futuro para nosotras?

Su falta de fe me dolía más de lo que acertaba a expresar. No se me daba bien manifestar mis sentimientos con palabras, yo era más de acción, de besos, caricias, arrumacos, sonrisas y risas, y miradas que eran puro fuego.

Componer era distinto, me salía solo, aunque más de una vez arrojaba lo escrito a la papelera y volvía a empezar desde cero, porque mi nivel de exigencia siempre era superlativo. No dejaba que nadie leyera lo que escribía; tan desvergonzada que era hablando, tan pudorosa cuando escribía. No me entendía ni yo.

Pero tenía mis razones para actuar como lo hacía.

No era tan cabeza de chorlito como todos pensaban en aquellos días, cuando tenían la esperanza de que mi estancia en Londres me empujaría a madurar, aunque fuese a marchas forzadas.

¡Qué manía tenía la gente con la madurez!

Éramos adolescentes, ¡nos quedaba toda la vida por delante!

Yo no quería quemar etapas antes de tiempo; pero, sobre todo, no quería separarme de Rocío, como si tuviera un mal presentimiento. Y yo no era de tener presentimientos, ni visiones, ni pálpitos, ni esas cosas.

Yo solo sabía que si permanecía mucho tiempo fuera de El Arrebol todo se estropearía entre nosotras, llegaría gente nueva, de esa que Ro iba a conocer en la universidad de Sevilla, gente que le llenaría la cabeza de ideas nuevas, gente que podía sustituirme en el corazón de mi mejor amiga. Mi única amiga.

—Te has quedado muda. ¿De veras piensas que puede haber futuro para nosotras?

—Por supuesto que sí, todo el que nosotras queramos. No le debemos explicaciones a nadie.

Me miró como si hubiera perdido el juicio.

—Que no le debemos explicaciones a nadie, ¡que te crees tú eso!

—Cuando vuelva, seremos adultas y podremos empezar una vida juntas, lejos de aquí.

—¿Y con qué dinero? ¿Con el tuyo?

—Con el nuestro, el que vamos a ganar cantando.

—Tú cantarás, yo mejor me ocupo de tus asuntos legales, que los famosos siempre andáis de lío en lío.

La miré como si le hubieran brotado dos cabezas, una a cada lado, con cuernos y todo.

—No lo dices en serio.

—No mucho, la verdad —se rio—. Ni siquiera sé si podré acabar la carrera, estudiar en la universidad cuesta mucho, y yo soy lista pero no superdotada.

—Pues casi lo prefiero, así te olvidas de esa tontería del Derecho y te vienes conmigo.

—¿A qué, a cantar por los caminos?

—Dicho así —arrugué el gesto—, ni que fuéramos bandoleras.

—En delincuentes nos vamos a convertir si sigues empeñada en liarte la manta a la cabeza y aventurarte por esos mundos de Dios.

—Pues no veo otro modo, porque aquí nadie nos va a ayudar a cumplir nuestro sueño.

—En eso llevas razón, aquí no nos toman en serio como pareja profesional, así que de lo otro... mejor ni hablamos.

Me dolía que siguiera ocultando lo que sentíamos como si se avergonzara de ello. No era el mejor momento, lo sabíamos, pero Franco ya no estaba y España empezaba a despertar con ganas de destaparse, liberarse y vivir a la europea, dejando atrás la santurronería y la

superstición.

—Pronto tendremos una España verdaderamente libre —la animé—, para cuando vuelva graduada de Inglaterra, vendré a buscarte y nos largaremos muy lejos.

—Madrid no está tan lejos, si tu padre quiere buscarte, nos encontrará muy pronto.

—Mi padre no irá a buscarme porque no sabrá que he vuelto —le guiñé un ojo—; les diré que me quedo en Inglaterra, y solo volveré a Sevilla para reunirme contigo. Pero no aquí, quedaremos en el parque de María Luisa, luego cogeremos un tren a la capital, o a donde sea, y empezaremos de cero.

Para mí estaba todo muy claro, cristalino, y muy sencillo.

—Tú lo ves todo tan fácil.

—Si te lo pongo difícil, mal vamos, que te allano el camino y ni por esas consigo convencerte.

—Es que cinco años son muchos años, Tana. Ni tú serás la misma que me habla ahora, ni yo tampoco. Pueden cambiar muchas cosas.

—No si no queremos que cambien. Yo tengo muy claro mi futuro: Qué quiero hacer y con quién quiero estar.

—Quizá yo no lo tenga tan claro, quizá no quiera tenerlo todo tan atado.

—O sea que no tienes claro si quieres estar conmigo, pero sí tienes claro que quieres estudiar esa carrera que no te lleva a ninguna parte. Ay, Ro, de veras que no te entiendo.

Suspiré ruidosamente. No, no la entendía; la quería, pero me crispaba su conformismo, sus planes burgueses, su idea de futuro: una que no tenía nada que ver con la mía. Decidí dejarlo ahí, no tenía más ganas de discutir.

ROCÍO

Otoño de 1976

THE WINNER TAKES IT ALL



Era la víspera de Todos los Santos y me habían invitado a una fiesta a la que no había querido ir desde el principio, pero a la cual al final había ido por insistencia de mi madre. Llevaba varios días —o semanas— con el ánimo por los suelos, exactamente desde que Cayetana abandonó El Arrebol.

Ella decía que volvería, pero yo sabía que no lo haría; no por mí, desde luego.

Había empezado mis clases en la facultad y, para mi mayor sorpresa, enseguida había hecho amigas, y ellas habían sido quienes me habían arrastrado prácticamente a aquella fiesta en un local alquilado en el barrio de Triana. Había mucha gente y mucha luz. Y alcohol. También había mucho alcohol, demasiado para ser legal. Sonaba música de Los Bravos y de Camilo Sesto; casi me alegré de que no sonara ABBA ni ningún otro grupo extranjero; la nostalgia me pesaba en el alma y no quería escuchar nada que me trajera a la memoria las horas y los días pasados con Tana.

María y Trini no dejaban de parlotear de todo lo que querían hacer cuando acabaran la carrera, ahora que asomaba la luz en el horizonte tras la muerte de Franco. Yo no era tan optimista, pero me esforzaba también en hacer planes y conjeturas, y dibujar castillos en el aire para que no me tildaran de sosa o amargada, o las dos cosas.

—Tú siempre en las nubes, Rocío.

Trini me pellizcó en el brazo cariñosamente, como lo hacía todo porque era una bendita y no conocía el mal.

—A ver si no te habrás dejado un noviete por allá, por tu pueblo.

¡Ja! No me atrevía a contarles lo mío con Tana, primero porque no tenía muy claro si realmente hubo algo que valiera la pena contar; y segundo porque, aunque ya no estaba Franco en El Pardo, las cosas en España en materia de libertad sexual distaban mucho de ser tolerantes y «europeas». No quería traumatizarlas contándoles historias truculentas de mujeres que se amaban a espaldas de la buena moral católica.

—Qué novio ni qué novio, ¿quién piensa en chicos? Ya habrá tiempo cuando me gradúe como abogada y consiga un buen puesto en un bufete de prestigio.

—Ah, pero piensas ejercer como abogada de verdad —me preguntó María como si no fuera lo más obvio y natural.

—Pues claro, ¿para qué, si no, iba a hacer la carrera?

Las miré de hito en hito. ¿En serio estaban en la facultad para «pasar el tiempo»?

—A ver, Ro, que todo el mundo sabe que las chicas estudiamos para tener un poco de cultura y saber estar, que los chicos de buena familia no quieren a fregonas a su lado, sino a una pareja que pueda darles buena conversación —me explicó Trini como si yo fuera tonta o una cría de

seis años—. Nadie espera vernos en los tribunales, ni en la magistratura, ni nada por el estilo; simplemente seguirles la charla a nuestros novios, cuando los encontremos, claro.

Así que ese era su plan de vida: pillar a un «buen partido» como si fueran debutantes de los tiempos de Alfonso XII. Ay, Señor, cuánto nos quedaba por mejorar.

—Dejémonos de charlas y vamos a bailar, que para eso hemos venido a la fiesta. Me cogió cada una de un brazo y me arrastraron a la pista de baile que quedaba en el centro, donde la música atronaba y todo el mundo parecía sospechosamente feliz.

Yo también quería divertirme y ser feliz, claro, ¿por qué no?

Ya había pasado demasiadas horas llorando en mi cama por lo que pudo ser y no fue, o no sería, o daba igual.

Ya había tenido suficiente de nostalgia, arrepentimiento, dolor y soledad autoimpuesta porque no me apetecía siquiera acercarme a la gente.

Sonaba *Black is Black* y María y Trini movían las caderas con mucho garbo y entusiasmo. Enseguida se vieron rodeadas de chicos con ganas de entablar conversación o simplemente seguirles el ritmo. No es que yo no supiera bailar, pero me faltaban entusiasmo y ganas.

—Te aburres tanto como yo, lo he visto en tus ojos.

Giré la cabeza al oír la voz que sonaba a mi derecha. Era masculina, grave, con un tono muy poco apropiado para una fiesta de estudiantes universitarios con ganas de emborracharse y pasarlo bien.

—¿Y cuánto tiempo llevas espiándome?

—Espiar es un verbo muy feo, muy de cobardes; yo solo te he visto ahí, con tus amigas, presente y ausente al mismo tiempo, como si quisieras estar a miles de kilómetros de aquí.

Me asustaba que hubiera acertado el pleno al quince, que supiera casi mejor que yo cómo me sentía en aquel lugar, el último donde esperaba encontrar un espíritu afín.

—Tú tampoco quieres estar aquí, claro. —Esbocé una sonrisa que apenas alcanzó a mis ojos, pero fue suficiente para que él me invitara a seguir con mi discurso cínico de costumbre—. A ti también te han arrastrado en contra de tu voluntad porque como somos jóvenes tenemos ganas de sarao aunque no las tengamos.

—He venido por mi propio pie, la verdad. No estaba muy animado cuando mis amigos han ido a recogerme, pero ahora que te he visto me alegro de estar aquí. Soy Fernando, por cierto —me tendió la mano.

Se la estreché por educación más que por ganas.

—Rocío Vargas.

—Universitaria, supongo.

—Supones bien, estoy cursando Derecho y espero poder ejercer cuando me licencie. No estudio por diversión, ni para pasar el rato, aunque sí para contentar a mi madre, que no quiere que acabe sirviendo, como ella.

Fernando me miró con simpatía. Era guapo. Educado, un poco tímido, pero se veía buena persona. No sé, tampoco soy un lince para calar a la gente, mucho menos a los hombres.

—Ah, la hija de la criada. No sé si pretendes asustarme o desanimarme o invitarme a subirme las faldas.

—¿Y lo harías? ¿Me subirías las faldas como si fuera una vulgar buscona?

—Por supuesto que no. No soy esa clase de chico.

—¿Y qué clase de chico eres tú?

¿Estaba coqueteando, en serio? Todo parecía tan natural: un chico, una chica, una fiesta, el gusanillo de la anticipación, el cosquilleo, las mariposas en el estómago, las ganas de que alguien

te mire como me estaba mirando él.

—Uno que sabe respetar a una chica. Me gusta el cortejo a la antigua.

—Pero yo no soy una damisela antigua, de las que se desmayan a la primera ocasión, ni me gusta llevar carabina. Soy independiente. Espero que no me arresten por eso.

—¿Una feminista revolucionaria con ideas anarquistas?

—Una mujer que conoce sus derechos y sus deberes.

—Me temo que derechos tenéis todavía pocos, digo, las mujeres.

—Pero tengo la suerte de tenerte a ti, que eres un buen chico y vas a respetarme aunque yo no sea una señoritinga de postín.

—No sé si te estás riendo de mí.

¿Me estaba riendo de él o con él? No lo tenía muy claro, pero desde luego no pretendía ofenderlo. Me caía inesperadamente bien.

—Me estoy riendo de mí misma, que es muy sano, y ahora me sienta de maravilla.

Él rio conmigo. Lo supe por cómo me miraba: a los ojos, no a las tetas o a las piernas o al culo. Minipunto para él.

—¿Quieres que te traiga algo de beber? —se ofreció como un galán de radionovela.

—Sin alcohol, por favor.

—Por supuesto —me guiñó el ojo y ganó el doble de atractivo solo con ese gesto.

Cuando fue a por la bebida, María y Trini me acorralaron, ávidas de cotilleos.

—¿Qué ha sido eso, Ro?

—Yo lo conozco, es Fernando de la Mata y Riofrío, un señorito. Mira tú, la que no quería cazar un buen partido.

—Me da igual quien sea, es simpático. Eso me basta. Además, acabamos de presentarnos, no he «cazado» nada. Cómo sois.

Meneé la cabeza, eran casi peores que Cayetana montándose películas en la cabeza.

—Vamos, Ro. Ese chico está coladito por ti. Solo hay que ver cómo te mira.

—¿Y cómo me mira?

—Como si fueras la octava maravilla del mundo. Ojalá yo pille a uno así.

—Si quieres, te lo regalo, María. Yo no estoy para novios ahora.

—Es que eso no se busca, Ro. Eso se encuentra y no se deja escapar. Que te veo venir.

—Qué me vas a ver venir, si no me veo ni yo. Os lo digo en serio, no quiero líos románticos, quiero centrarme en mis estudios. Si ya el primer año me ando con tonterías, no paso de curso. Y eso sí que no.

Fernando regresó con mi ponche y una sonrisa de oreja a oreja adornando su bonito rostro rasurado. Tenía los ojos azules y una nariz aristocrática, de esas que tenían los héroes de los folletines que leía mi madre cuando creía que nadie la miraba.

María y Trini se hicieron humo al instante, dejándonos solos.

¡Qué tontas!

¿En serio creían que el amor estaba en el aire o alguna tontería por el estilo?

—¿Bailamos? —me invitó Fernando.

Y entonces la escuché. Estaba sonando *The winner takes it all*, de ABBA. Y pensé que quizá fuera Fernando quien se lo llevase todo al final. ¡Quién podía saberlo entonces!

Dejé que me cogiera por la cintura, que me acercara a él, que pusiera mi mano en su hombro y mi mejilla pegada a su mano; y así, agarrados, empezamos a bailar esa balada, que a ratos me recordaba a Tana, y a ratos la ahuyentaba de mi pensamiento como si ya no hubiera sitio para ella en mi cabeza.

Tenía que ser así, me dije. Sí, porque a saber qué estaba haciendo ella esa tarde, en Londres, con sus nuevas amigas inglesas, tan liberadas, tan sofisticadas, tan diferentes de mí y de cualquier española recién salida del cascarón. Las mismas que estábamos aprendiendo a volar con nuestras propias alas, probándonos, desafiándonos, caminando con paso firme en aquella nueva Sevilla, más libre, más moderna y cada vez más cerca de una nueva democracia y una nueva manera de vivir.

No le dije todo lo que esa canción despertaba en mí. ¿Para qué? Todo aquello ya quedaba a años luz de mi actual realidad. Una que me gustaba y con la que me sentía a gusto, cómoda, protegida de los vientos y tempestades a los que el amor de Tana casi me había precipitado.

—Una peseta por tus pensamientos.

—Ei, que mis pensamientos valen mucho más que eso.

—Pon tú el precio, que yo lo pagaré gustoso.

—Ya salió el señorito...

—¿Señorito? ¿Qué señorito? Yo no veo a ninguno.

—Me han chivado quién eres, ahora no puedes esconderte en el anonimato. Lo siento por ti.

Era mentira, claro. No lo sentía en absoluto. Aunque no me importaba quien fuera, siempre era bueno saber qué terreno pisaba. Por si acaso. No quería sorpresas si había futuras citas. ¿Habría futuras citas? ¿Una próxima vez?

—¡Mecachis! No sé qué voy a hacer ahora para conquistarte.

—No soy una ciudad, ni un país, ni un imperio.

—Me temo que eres mucho más que eso.

Me sonrojé sin poder evitarlo. No estaba acostumbrada a los piropos ni a los requiebros ni a la palabrería vana de los hombres con ganas de ganarse el premio gordo; ni siquiera estaba segura de serlo. Pero me sonrojé porque me gustó su actitud o porque era la novedad y eso siempre es excitante.

Todo apuntaba a que habría próxima vez... si yo quería.

I HAVE A DREAM



—A ver, mamá, que no es tan difícil. Todo el mundo tiene una. Casi todo el mundo; quizá los antisistema no la tengan, pero si quieres encontrar a tu amiga del alma, Instagram es probablemente... No. Seguramente tu mejor opción.

Esa es Triana, intentando convencerme para que me abra una cuenta en Instagram con el (único) objetivo de encontrar a Cayetana.

¿Por qué?

Ni yo misma lo sé; un pálpito, una intuición, un viejo anhelo loco que se me despertó después de mi divorcio. Mucho después de mi divorcio, cuando todas mis citas a ciegas, que no habían llegado a diez, resultaron un Fracaso con mayúscula. Así que tampoco pierdo mucho buscando a Tana, aunque después de tantos años la posibilidad de retomar la amistad esté a años luz y parezca más difícil que escalar un ocho mil.

—Empiezas poniendo tu correo electrónico...

—Yo no tengo correo electrónico, en mis tiempos las cartas se escribían como Dios manda: a mano y con buena caligrafía.

Triana suspira, luego se ríe, me mira y dice:

—Pues tienes que crearte una cuenta de correo electrónico para abrirte una cuenta en cualquier red social, tú verás.

Bufo. Qué complicado es todo en los tiempos de la ciber tecnología.

—Vale, yo qué sé, pon rociovargas@gmail.com o algo así.

Triana lo prueba.

—Hum... Ese nombre ya está pillado.

—¿Y qué hago ahora?

—Añade o quita algo, por ejemplo, no sé, ¿qué te parece rocioabba74@gmail.com?

—Tiene sentido. A ver, inténtalo.

Triana escribe. Me mira. Asiente.

—Lo tenemos. Ahora escribe una contraseña, voy a por una Coca Cola.

—No me dejes sola.

Triana me habla desde el pasillo y puedo ver cómo contiene la risa.

—Mamá, escribir una contraseña es muy fácil, no es como desactivar una bomba. Tranquila, lo vas a hacer muy bien.

Estoy sola, indefensa frente al portátil. Que escriba una contraseña, ay, Señor, qué cuesta arriba se te pone todo cuando cumples los sesenta.

Escribo el nombre de mi hija menor y su fecha de nacimiento.

Triana vuelve y mira por encima de mi hombro.

—Muy bien, ¿ves cómo no había para tanto? Que te me ahogas en un vaso de agua.

Suspiro.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a entrar en Instagram, vas a poner la dirección de correo y la contraseña que

has creado. Podrías crearte una nueva, pero mejor no complicarnos, que ya tienes una edad.

Su condescendencia me irrita. Más que eso: me duele.

—¿Estás llamando vieja a tu madre?

—A ver, tienes sesenta años y tu memoria no es la que era cuando estudiabas en la universidad; mejor no te complicas la vida, que ya es bastante complicada de por sí. Además, tampoco te vas a hacer influencer, solo quieres encontrar a Cayetana. Y cuando la encuentres, te olvidarás de las redes, estoy segura. No es muy lo tuyo.

Pues tiene razón, a qué negarlo. No me veo yo pegada al móvil, pendiente de todas las actualizaciones y todas las noticias de la gente. Yo solo quiero encontrar a Tana, cerrar el capítulo o quizás abrir uno nuevo, más nuestro, más libre y mejor.

¡Qué sé yo!

—Vale, tenemos la cuenta casi abierta. Tienes que ponerte un nombre de usuario, un apodo, lo que te parezca mejor, lo que más te guste, uno que cuando ella lo vea sepa al instante que *solo* puedes ser tú.

Suspiro.

Pienso.

Recuerdo.

—¿Puede ser una canción?

—Puede ser lo que tú quieras, siempre y cuando no esté pillado.

—Pon «waterloo74».

—Me gusta, es muy vosotras.

Por fin le había contado a Triana toda mi historia con Cayetana, nuestra adolescencia, nuestra pasión por cantar, nuestro *fandom* con ABBA, como se dice ahora. De nuestro amor... Bueno, de eso no le había hablado tanto; por respeto a su padre, supongo, o por vergüenza o porque el asunto nunca llegó a un compromiso.

—Bienvenida a Instagram, mamá.

Me enseña mi cuenta que, por supuesto, aún no tiene publicaciones ni fotos ni *likes* ni nada, aparte de mi nombre, mi apellido y una canción que es todo un símbolo para nuestra generación.

—Ahora toca buscarla a ella —me anima con una sonrisa, como si todo esto le hiciera mucha gracia, muy de comedia romántica, o casi prefiero no saber qué piensa en realidad.

—Pues no sé ni por dónde empezar, porque no sé qué fue de ella desde que nos separamos, y de eso hace más de cuarenta años. Cuarenta y dos, para ser exactos.

—Es mucho tiempo, pero no perdemos nada por intentarlo.

Triana se pone manos a la obra, escribe Cayetana y su apellido de soltera: Sampedro.

—Que no sé yo si sigue soltera o se ha casado o está vete tú a saber con quién.

—Si fuera famosa, lo sabríamos.

—No la veo yo en los programas del corazón, ni de tertuliana.

—Si se ha cambiado el nombre por otro más artístico, va a ser más difícil.

—¿No has encontrado nada?

—He encontrado a varias con ese nombre, pero el apellido no aparece por ninguna parte.

—Tampoco me extraña, no tiene gancho.

—Aquí hay una «tanaroquera»; pero, por la foto, diría que se ha puesto bótox y además lo ha hecho mal.

Triana me muestra un perfil que corresponde a alguien que podría ser Cayetana, pero no. De ningún modo. No me cuadra.

—No es ella —pongo una mueca de asco—; Tana nunca se pondría bótox. No me preguntes

por qué, pero lo sé.

—Acotemos la búsqueda, ¿rubia o morena?

—Rubia, con el pelo liso. Al menos, en los setenta.

—Hay gente que pone fotos antiguas, pero no tendremos tanta suerte. También podríamos buscarla en Google primero, para saber qué cara tiene. No nos iría mal.

Suspiro pero asiento. Yo no sé de estas cosas.

Triana abre Google y escribe «Cayetana Sampedro».

Aparecen dos resultados, uno es de una doctora en medicina estética, con clínica propia en Madrid; es morena, tiene pecas y los ojos verdes. La Cayetana que yo recuerdo tenía los ojos azules y su piel era un lienzo inmaculado, con la salvedad de un lunar en la barbilla que apenas se veía si no te fijabas bien.

Además, solo una lobotomía convertiría a Tana en doctora de lo que fuera.

Lo suyo era cantar y, por muy mal que le hubiera ido con la música, no me la imagino estudiando Medicina.

No, no. Imposible.

La segunda ya me cuadra un poco más, aparenta la edad que tiene, no se ha hecho retoques, está delgada pero sana y en forma. El rubio es más oscuro y el pelo, más rizado; por lo demás, sí se da un aire a aquella adolescente rebelde y respondona que yo conocí.

—¿Qué me dices?

—Tiene un aire, pero se ha cambiado el apellido por uno inglés, lo pone aquí —señalo un párrafo, casi al final del texto que se muestra en la pantalla. El portátil es de Triana, yo no tengo. ¿Para qué iba a querer uno?

—Quizá se casó en Londres, después de acabar los estudios —aventura con timidez, como si su teoría pudiera dolerme, y propone a continuación—: Vamos a ver más fotos, si quieres.

—No —desecho la idea, casi arrepintiéndome de haberme metido en esto, y haberla metido a ella—. Búscala en Instagram, a ver si aparece y qué publica. Esto tampoco revela mucho, no dice a qué se dedica...

Triana desliza el cursor por el texto, que es más largo de lo que parecía al principio.

—Espera, aquí pone que era la cantante de un grupo inglés, *Hungry Dogs*, en los ochenta. Fueron bastante famosos, pero se disolvieron en el otoño del 85, después de la muerte del bajista por sobredosis. Grabaron tres discos que se vendieron bastante, hicieron bolos, y un par de conciertos con lleno hasta la bandera en Wembley. ¡Uauu! Eso mola.

—Mola y le pegaba mucho.

—Muy bien, vamos a buscar a Tana Logan. ¿Por qué se cambiaría el apellido?

—Cualquiera sabe, probablemente fuera cuando estaba triunfando con...

—Perros hambrientos. Sí, esa es la traducción.

—¡Vaya nombre! —sacudo la cabeza—. ¿A quién se le ocurre?

—Quizá fuera cosa de ella. Has dicho que le pegaba mucho.

—No, *he dicho que le pegaba cantar en un grupo*, y en inglés además. Me pregunto si su familia llegó a saberlo alguna vez.

—Se quedarían a cuadros.

—Me hubiera gustado ver sus caras, sobre todo la del abuelo Cayetano. O la de mi madre. No, mi madre no sabía nada, me hubiera dicho algo.

—O no. Quizá la abuela pensó que era mejor que no tuvieras ninguna noticia de Tana, sobre todo si ya te habías casado y dejado todo eso atrás.

—Pensándolo bien, sería muy propio de ella. —Pongo mala cara al recordar que nunca le

gustó demasiado nuestra amistad adolescente, ni echó de menos a Cayetana cuando se fue—. Da igual, tampoco puedo ir a preguntarle; hace años que la yaya vive en su propio mundo, ajena a nosotras.

—De cualquier modo, vamos a buscarla en IG. Todavía se la ve bien, aunque tiene una cara muy seria, del palo «no me toques los cojones».

—Tana siempre fue muy... Tenía las cosas muy claras, las que quería, vaya. El mundo de la música es muy salvaje, un «sálvese quien pueda», así que imagino que ha tenido que pelear lo suyo para hacerse respetar. Nos guste o no, seguimos viviendo en un mundo muy...

—¿Machirulo? ¿Patriarcal?

—O las dos cosas. Anda, va, quiero ver qué ha publicado, con quien se junta...

—Con quien se acuesta...

—Pues no, listilla, su vida sexual no me interesa.

—¡Y un cuerno! No te lo crees ni tú.

—¿Y por qué iba a interesarme?

—No sé, ¿porque sigues enamorada de ella? ¿Por qué ibas a buscarla si no?

Ahí le ha dado. Y no sé qué decirle, porque no quiero que piense que me casé con su padre por despecho, aunque sea lo más cercano a la realidad.

—Lo nuestro se acabó hace más de cuarenta años, Triana. Y no me arrepiento. Me ha dado un ataque de nostalgia, eso es todo. Y ni siquiera puedo achacarlo a la menopausia.

—Ahora no vamos a quedarnos con la intriga.

Triana escribe Tana Logan en el buscador de Instagram.

Y aparece. En su perfil se describe como productora musical, amante de los perros y... *Voilà*... Fan de ABBA.

Hay 2.200 fotos publicadas, pero en ninguna de las cien primeras sale acompañada de nadie.

Tiene 12K seguidores y sigue a unas ciento noventa cuentas.

—Parece muy celosa de su vida privada.

—Pues mucho ha cambiado, la Tana adolescente no tenía empacho en proclamar a los cuatro vientos qué le gustaba y qué no, quién le caía bien y quién le caía mal.

—¿Quieres que las miremos todas? Tampoco tengo gran cosa que hacer.

—¿No habías quedado con Miguel para comer?

—No es nada formal, solo somos amigos, te lo he dicho como un millón de veces. ¿Qué manía os entra a las madres con hacer de Celestinas? Pensé que el divorcio te había abierto la mente.

—¿Una relación abierta? ¿Ahora lo llamáis así?

—Digamos que somos amigos con derechos.

—¿Derechos? ¿Qué derechos?

—Vamos a mirar fotos...

—Triana de la Mata Vargas, no me cambies el tema de conversación, que todavía puedo quitarme la zapatilla...

—Pero si llevas tacones de aguja de quince centímetros, por lo menos, ¿qué zapatilla te vas a quitar? No me vaciles, anda, y vamos a ver fotos de tu amor de juventud.

—No te rías, niña desvergonzada.

—Mamá, que estamos en 2018, vuelve al presente. Y pon *like* a una de esas fotos tan cucas.

—Yo no veo ningún «like» ...

—El corazón, mamá, clicas en el corazón de la izquierda. También puedes poner un comentario del tipo «Hola, soy Rocío, no sé si te acuerdas de mí».

Me pongo roja como un tomate. A los sesenta es muy vergonzoso. Casi peor que a los quince.

Pero clico en el corazón de una foto donde sale Tana con ropa de calle, abrazando a una perra que, según dice, se llama Joey.

—No voy a poner ningún comentario. Hoy no.

—Deberías seguirla, a ella y otras cuentas, al azar —me recomienda con una de sus miradas de «yo sé más que tú»—; si no, va a parecer un perfil sospechoso. Y tienes que presentarte. Habla de ti.

—¿Y qué pongo? Yo no soy famosa.

—Ni falta que hace, yo tengo cuenta y tampoco soy famosa.

Escribo mi nombre y mi edad, bajo la atenta mirada de mi hija, más severa que la de mi maestra de primaria.

—También te iría bien poner una foto de perfil para que pueda reconocerte, por si lo del *nick* no es suficiente.

—¿Qué es eso?

—El nombre de usuario, mamá, también se llama *nick*. Es la jerga anglosajona de internet.

—Cada vez entiendo menos. Y no tengo fotos recientes, sabes que no me gusta posar.

—Nadie lo diría, con lo presumida que eres, que llevas taconazos por la casa.

—Eso es estilo, cariño. Una mujer que no sabe andar con tacones jamás seducirá a ningún hombre.

—¿Y eso te lo enseñaron en la facultad de Derecho?

—No, eso me lo enseñó tu abuela Isabel.

—A la abuela Sagrario le pega más.

—Esa me clavaría el tacón en el ojo, si pudiera.

—Nunca os habéis llevado bien.

—¡Qué generosa! Dios te lo pague, cariño. Sagrario siempre me ha odiado. Quizá más después del divorcio, porque fui yo quien dejó a tu padre.

—Vosotros sí os lleváis bien, nadie diría que es tu ex.

—Tu padre tiene muy buen carácter y un corazón de oro que has heredado tú.

—Claro, porque tú eres una bruja mala.

—Yo soy como soy, y a mi edad ya no voy a cambiar.

—No pongas foto si no quieres, aunque la gente no sigue a perfiles sin foto, eso sí te lo digo.

—Ya buscaré una esta noche —concedo a regañadientes.

—Muy bien. Ahora tienes que esperar a que ella reaccione. Si lo hace. No quiero ser agorera, pero los famosillos no están muy pendientes de sus fans.

—Ella dejó de ser famosa hace mucho, creo. Y yo no soy «una fan». Fui su mitad. Durante mucho tiempo.

—Pero hace muchos años, mamá. Es normal que le cueste recordarte, por eso deberías ponerle un comentario que llamara mucho la atención.

—Nunca me ha gustado llamar la atención —protesto débilmente—, eso era cosa de Tana.

—¿De veras no quieres venir a ver la película con nosotros?

—Segundas partes nunca fueron buenas, eso reza el dicho. No sé, la primera ya no me gustó demasiado... Muy estridente. ¿Y esta? No sé por qué estiran las historias como si fueran chicles.

—Porque el público lo pide, mamá. Las productoras no quieren perder dinero, si han hecho la secuela es porque hay demanda. Yo tengo muchas ganas. Y me ha costado lo mío convencer a Miguel.

—Miedo me da saber qué le has prometido a cambio.

—No te voy a dar detalles, cotilla. Quedará satisfecho, te lo aseguro.

Le doy una colleja por desvergonzada, aunque me hace ilusión que me tome por confidente y se atreva a hablar conmigo de follisqueos, aunque sea en broma y en clave.

—¿Sabes? Yo nunca hablé de sexo con tu abuela.

—¿La abuela Sagrario sabe lo que es un orgasmo?

—Tu abuela Isabel, por Dios bendito. Y no, ya te digo yo que Sagrario no ha tenido un orgasmo en su vida. Se lo lees en la mirada, fíjate bien cuando vayas a comer con ella el domingo.

Triana se echa a reír a carcajadas.

—Pero tú sí sabes lo que es un orgasmo, ¿verdad, mamá?

—No pienso responderte a eso, Triana. Si tú no me das detalles, yo tampoco.

—Lo tomaré como un sí.

—Tómalo como quieras, y vete ya con Miguel, antes de que se canse de esperarte.

—Miguel me esperará toda la vida, como tú has esperado a Cayetana. —Triana se lleva la mano al corazón mientras declama—: El amor de verdad es para siempre.

—¿Te estás cachondeando o lo dices en serio?

Nunca acabo de tomarle la medida a esta niña.

—Mitad y mitad, no te lo tomes tan a pecho. La vida son dos días...

—Uno llueve y otro truena. Ya lo sé. ¡Qué me vas a contar a mí!

THANK YOU FOR THE MUSIC



Siempre hay canciones de la infancia que se te quedan grabadas en la memoria. Una de ellas es *Hey Jude*, de los Beatles. La otra, sin duda, es *Waterloo*. Si miro atrás, muy atrás en el tiempo, recuerdo a una mini Julia tarareando la dichosa canción por los pasillos de casa. Y eso, teniendo en cuenta que era un inglés que aún no había empezado a aprender, tenía su mérito (risas).

Así que, si me preguntas, ABBA es uno de los grupos de referencia en mi vida.

Fue en 2021, mientras la pandemia daba sus últimos coletazos, cuando tuve un flash: una historia o el germen de ella, una revelación, un impulso.

Y por fin un proyecto: *Por un puñado de sueños*.

Si has llegado hasta aquí y has disfrutado del viaje, habré cumplido mi objetivo.

Gracias por acompañarme.

